

# El Ruedo



JOSÉ  
VALENCIANO.  
946

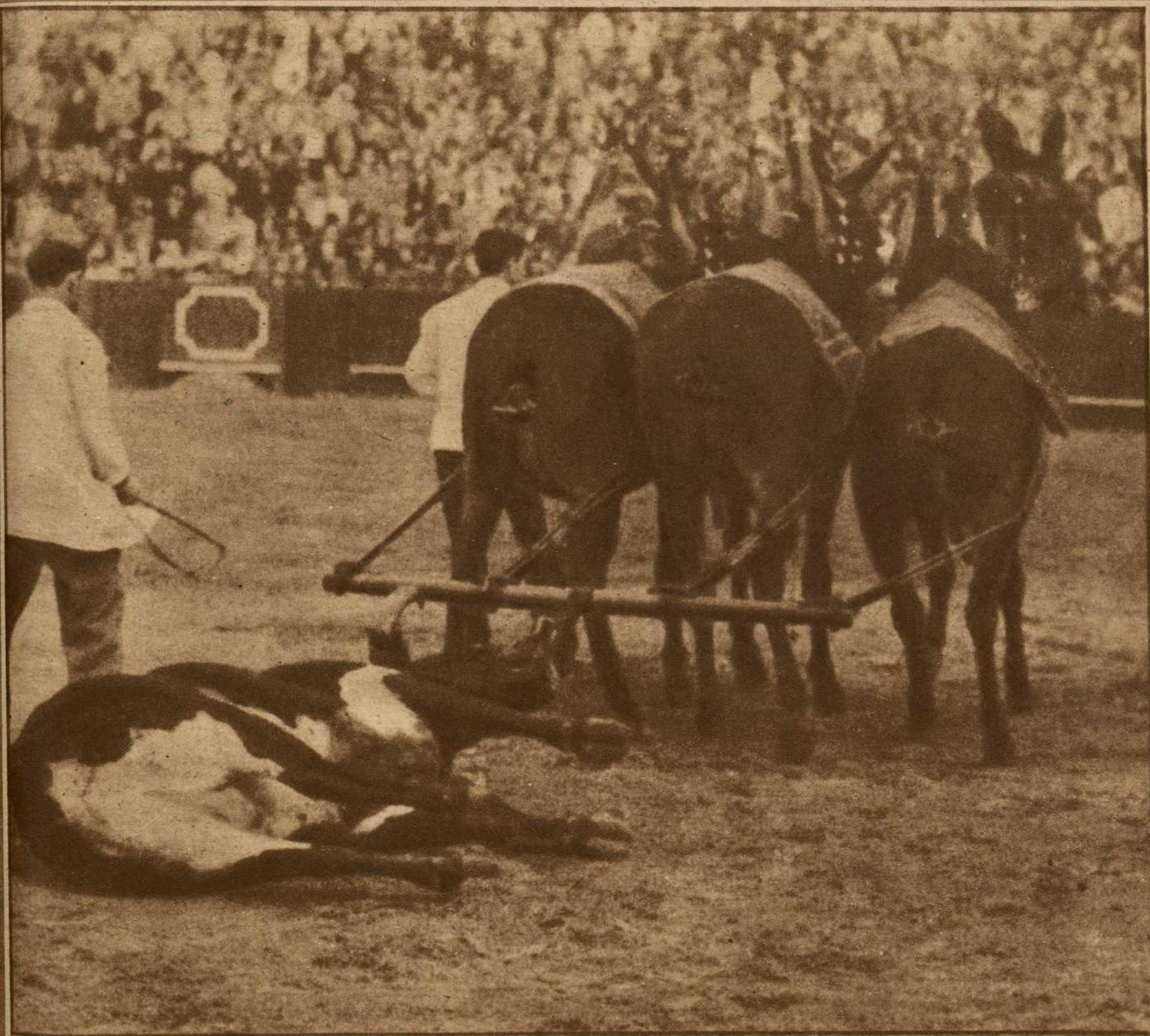


El toro, en el campo  
(Dibujo de Enrique Segura)



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA  
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA  
Año III - Madrid, 2 de mayo de 1946 - N.º 97



LA FERIA HA TERMINADO.—El último toro lidiado en las corridas celebradas en Sevilla es arrastrado por las mulillas, que, en este caso, arrastran tras de sí no solo el cadáver del astado, sino muchas ilusiones que se habían depositado en estos días de fiesta. La FERIA ha terminado. Pero solamente en la plaza. En el paréntesis que se abre para cerrarse en abril del año que viene, las conversaciones de toros en Sevilla siempre girarán alrededor de lo que hizo aquel torero en La Maestranza en aquella corrida de FERIA...

# A VISTA DE TENDIDO

Por ALFREDO MARQUERIE



cesiones —dicho sea sin ánimo herético y con todo respeto—, o también, a veces, la imitación de un centauro por la firmeza en apoyar las suelas de las zapatillas en el suelo o una salida garbosa de un gran bailar en un «tabla», o el recrecimiento de los chavales cuando saben que las chavalas les miran y se estiran y engallan, y se sacan del bolsillo la punta del pañuelo o se retocan el clavel en la solapa. El joven diestro, de pierna firme y elástica, de zancada larga, aprovechaba la pausa de ir acercándose tranquilo y confiado a la cabeza del toro para humede-

cerse dos dedos en los labios y lubricar no los arponcillos, sino los extremos de los rehiletos. El «lo comprometido», de la sensación del riesgo junto al arte— justificó aquel «dejadlo ahí», que fué su frase, como el jardinero que tiene prisa por cortar la rosa a punto.

molantes pabellones o de gráciles veleros. Todos seguimos hipnotizados el juego de ese telar, de esa devanadera de la suerte difícil y a cuerpo limpio. Y en el ambiente que acercaba los ruidos y las voces sentimos gritos y consignas, el jaleo y el ole, las exclamaciones y las incitaciones. El de lila y oro se dijo a sí mismo: «¡Vamos a verlo!» Y clavó siempre en el sitio justo, midiendo los terrenos tan precisa como sabiamente, domi-

niador y magistral. El de oro y barquillo citaba desafiante, se aupaba y alzaba en el muelle de su juventud, con resortes de brinco, que eran como descargas de valor. Y en la pureza del juego de sus brazos y en su levantada limpieza, en su realizar la suerte cuando todos creían en el último instante que había desistido —suprema plas-

ma de un desierto.

Ya ni importaba el viento frío, ni la tarde desapacible, ni el cigarró puro que se apagaba de continuo, ni el ademán prosaico de la espectadora guapa que se llevaba sospechosamente un pañuelo a la naricilla respingona. Para olvido del invierno resucitado, en una tarde de toros, dos maestros que representaban no sólo dos estilos, sino también dos generaciones, dos

dinastías —la de los Domingos, la de los Bienvenidas— nos devolvían la gracia, el sabor y el gusto de la difícil suerte.

Los rehiletos fueron en ocasiones como arcos de violín, otras como batutas, otras como cirios ardientes o como ástiles y mástiles de tre-

EL viento frío ponía helados oleajes en esa alta bandera que es a la Plaza como las «mangas» listadas a los aeródromos, y que sirve para comprobar si los toreros buscan la disculpa del aire o si ciertamente son las cornadas de un toro invisible las que deshacen su faena, volviéndoles inesperadamente los capotes, levantando el pico de sus muletas, dejándoles al descubierto, y casi, casi al desnudo ante la cabeza de los astados. En los tendidos los espectadores con el cuello del gabán subido, almenados entre solapas, añoraban la calefacción en la resurrección invernal. Y, sin embargo, la tarde era limpia y transparente. Alguna nube decorativa en el cielo redondo del

coso, y en el ambiente una claridad húmeda y brillante, buena conductora de los sonidos y las voces. Hablaban los toreros sobre la arena como al lado de un micrófono muy sensible, y escuchábamos, nítidas y silabeantes, esas frases que otras veces sólo se dejan adivinar en el movimiento desgarrado de los labios o en la escolta de unos gestos y de unos ademanes que son órdenes para el ir y venir ajedrezado de los peones. Refulgían con el tópic encendido de los caireles y de los alamares los trajes de luces. El barquillo y oro del diestro joven, el oro y lila del que, sin ser viejo, es ya veterano. Medio anillo con sol y medio con sombra. Pero en ambos la misma claridad recortando las figuras como acercadas a nuestros ojos por una gran lente. Y percibíamos sus miradas atentas, su «estar en todos», sus rictus, sus sonrisas y el ritmo de sus pasos en el mágico «ballet» que es la suerte de banderillas.

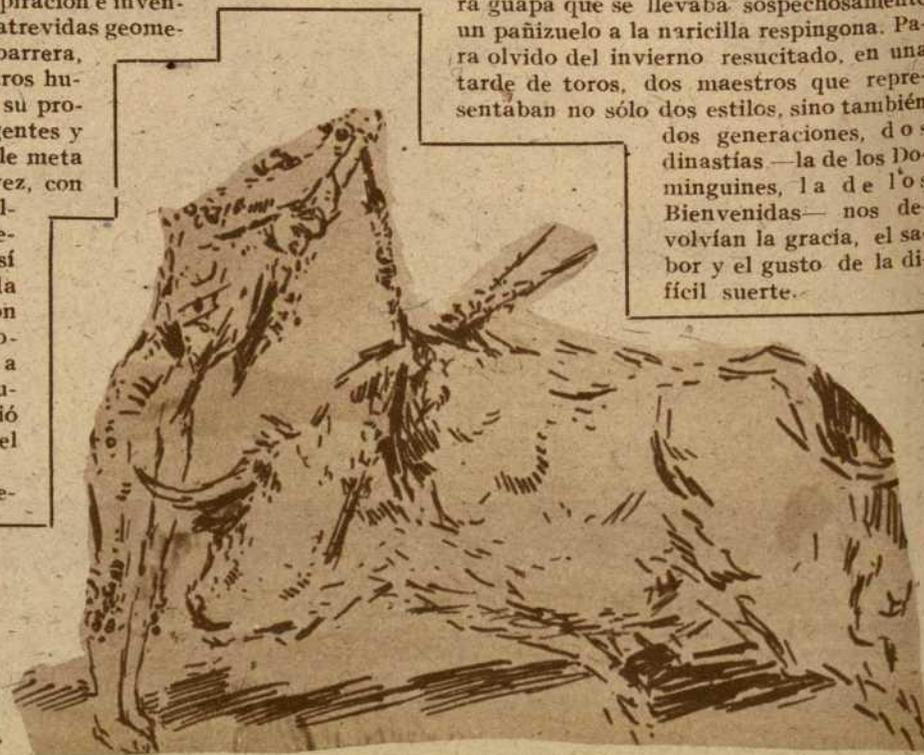
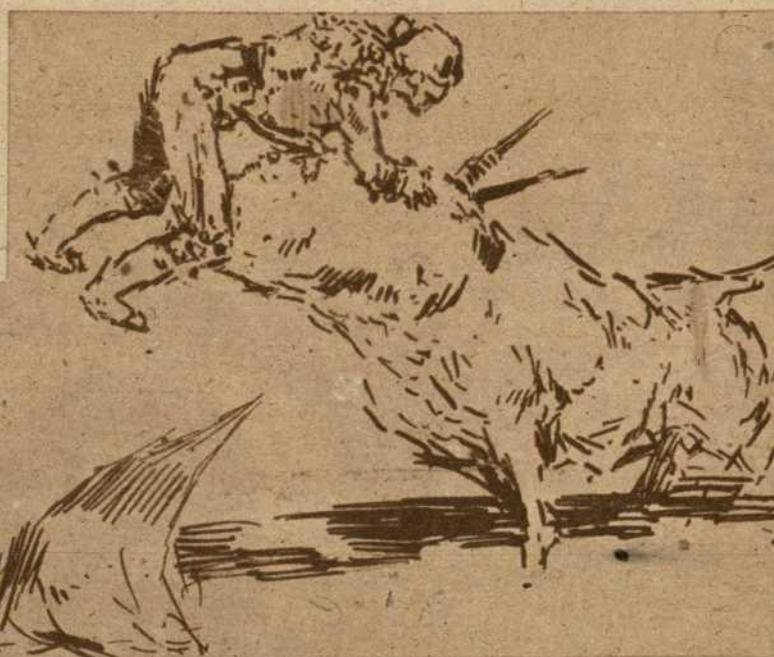
Uno, el más joven, tenía prisa, ansia, codicia, deseos de demostrar su agilidad, su arte, su garbo, su valor. Y buscaba el encuentro difícil, el esguince arriesgado, el comprometido apuro, la depuración de unos tiempos practicados en terrenos iguales o semejantes como para contrastar su ansia de superación, su «todavía puedo hacer más». Recordaba su paso el de cierta solemnidad de los penitentes en las pro-



Arriba: Un par de banderillas de Pepe Dominguín. — En medio: Rafael Llorente cogido por el tercer toro y ejecutando un molinete en la faena que realizó en el sexto. — Abajo: Pepe Bienvenida clavando un par de banderillas (Apuntes de Antonio Casero)

otro torero, el menos joven, el de lila y oro, contenía el jadeo de su respiración e inventaba y desarrollaba atrevidas geometrías en el arco de la barrera, con radios y diámetros humanos trazados por su propio cuerpo, con tangentes y secantes a la temible meta del astado. Y una vez, con las manos atrás, ocultó las cruzadas banderillas, que tenían así intención estilizada de cola de faisán, y con avance de ave, poniendo ideales alas a su maciza arquitectura humana, acometió al peligro, dando el pecho sin miedo.

Los rehiletos fueron en ocasiones como arcos de violín, otras como batutas, otras como cirios ardientes o como ástiles y mástiles de tre-



**E**l sábado, día 27, se celebró en Sevilla la primera de feria, y Pepe Luis cortó la primera oreja. Con el de San Bernardo lidiaron reses de Carlos Núñez Juan Belmonte y Pepín Martín Vázquez. Alvaro Domécq rejoneó muy bien otro toro de la misma vacada. Juan Belmonte estuvo muy valiente y adornado. Pepe Luis cortó la oreja del segundo, y al quinto le hizo una gran faena, a base de naturales. Pepín Martín Vázquez oyó aplausos. La Plaza se llenó.

DIA 28.

También hubo lleno en la segunda de feria de Sevilla. Armillita, Andalucía y Pepín mataron toros de La Chica. Corrida gris, en la que sólo hubo unos lances y una gran estocada grande de Andalucía y una bonita faena de Pepín.

En Madrid se inauguró la temporada Pepe Bienvenida, Pepe Dominguín y Rafael Lorente se las entendieron con seis toros de Muriel. Bienvenida y Dominguín se lucieron banderilleando. Lorente, muy valiente, toreó bien con capote y muleta, y fué despedido con aplausos. Los toros, mansurrones.

En Málaga se celebró la corrida de la Asociación de la Prensa. Un toro de Carlos Núñez para el rejoneador Pepe Anastasio, y dos de Pérez de la Concha y seis de Samuel Hermanos para Curro Caro, Cañitas, Antonio Bienvenida y Parrita. El tercer toro fué fogueado; los demás fueron bravos. Curro Caro dió la vuelta en su primero y estuvo regular en su segundo. Cañitas, que reaparecía en España, oyó palmas en su primero y cortó las orejas y el rabo de su segundo.

Antonio Bienvenida estuvo regular en su primero, que fué el fogueado, y fué aplaudido en su segundo.

Parrita cortó orejas y rabo en su primero



Pepe Luis



Belmonte



Cañitas



Parrita

cortó las orejas y el rabo; en el tercero oyó aplausos, y una bronca en el quinto. Arruza banderilleó colosalmente al segundo y cuajó en este toro una faena muy valiente. Cortó la oreja. En los otros dos estuvo discreto.

DIA 29.

Tercera de feria en Sevilla. Otro lleno para ver lo que Juan Belmonte, Pepe Luis Vázquez y Pepín Martín Vázquez hacían con los toros de Miura. El ganado, pequeño y poco bravo. Juan Belmonte estuvo bien en el primero, y, a fuerza de valor, logró cortar la oreja del cuarto, que era manso. Pepe Luis Vázquez, desganado, oyo pitos. Pepín Martín Vázquez, adornado y torero, fué aplaudido. La segunda oreja de la feria fué para Belmonte.

DIA 30.

Cuarta corrida de feria en Sevilla. Ocho toros de doña Julia Cossío de Belmonte para Armillita, Pepe Luis Vázquez, Cañitas y Andalucía. Una de las reses fué aplaudida en el arrastre. Armillita banderilleó muy bien al primero, un toro que pesó en canal más de trescientos kilos, e hizo en este hecho una buena faena, por la que oyó una ovación. En el otro, cumplió. Pepe Luis toreó muy bien con el capote, y aunque consiguió muletazos buenos, no ligó faena en ninguno de sus toros. Al final de sus faenas hubo división de opiniones. Cañitas banderilleó bien al tercero y oyó muchos aplausos por la faena. En el séptimo estuvo desafortunado con el estoque y oyó un aviso. Andalucía fué muy aplaudido en sus dos toros.

Por falta de peso en las reses lidiadas en la segunda y tercera corridas de la feria de Sevilla han sido multadas con 2.500 y 600 pesetas, respectivamente, los ganaderos Francisco Chica y Miura.

B. B.

Arruza



Manolete



## POR ESPAÑA Y AMERICA

**Pepe Luis Vázquez y Juan Belmonte cortaron las dos únicas orejas que se concedieron en las corridas de feria de Sevilla. Se inaugura la temporada en Madrid. — Cañitas y Parrita triunfan en Málaga.—Luis Redondo y Belmonteño, novilleros destacados de la semana.—En Bogotá defraudó el mano a mano entre Belmonte y Arruza**

**Albaicín, Fermín Rivera, Manuel Escudero, El Estudiante y Cañitas han llegado a España**

y oyó ovaciones en su segundo enemigo de la tarde. Por causa de la lluvia fué suspendida la corrida anunciada en La Línea, en la que Paco Lara iba a tomar la alternativa de manos de Julián Marín, y con Luis Briones de segundo espada.

En Bilbao lidiaron novillos de Concha y Sierra Luis Redondo, Gallito de Dos Hermanas y Gabriel Pericás. Luis Redondo fué ovacionado en el primero y cortó la oreja del cuarto. Gallito y Gabriel Pericás cumplieron.

Belmonteño cortó las dos orejas de su primer novillo y dió la vuelta al ruedo en el sexto de los lidiados en Barcelona. Fuentes oyó aplausos en los dos suyos, y Minuto estuvo bien en uno y regular en otro.

En Zaragoza, Susoni estuvo muy valiente. Germán Gil cortó la oreja del segundo y oyó aplausos en el cuarto.

Se suspendió, por mal tiempo, la novillada anunciada en Andújar, en la que iban a actuar el Soldado, Barrerita y Carnicerito de Talavera.

El mano a mano entre Manolete y Arruza, en Bogotá, defraudó a los aficionados. Se agotaron las localidades, y la venta hizo un magnífico negocio. Los toros, de Mondofiedo, mal presentados, fueron, excepción hecha de los dos primeros, mansos. El sexto fué devuelto a los corrales, después de picado y banderilleado, cuando el ruedo estaba lleno de almohadillas y botellas. Fué sustituido por un becerrete manso, y el escándalo prosiguió. Manolete hizo una gran faena al primero y



L. Redondo



Belmonteño

# La corrida del domingo en MADRID



## Toros de Muriel para PEPE BIENVENIDA, PEPE DOMINGUIN Y RAFAEL LLORENTE

### PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



EN realidad, las críticas y reseñas taurinas de los espectáculos celebrados hasta la fecha se parecen mucho unas a otras, y todas ellas a un boletín meteorológico. Esto sin contar las suspensiones por el mal estado de los ruedos, provocado por las lluvias torrenciales. Hasta la feria sevillana ha luchado

con el mal tiempo. Inevitablemente, a la vez que tenemos noticia del reducido público que acude a las Plazas, nos colocan unas líneas sobre el viento, las nubes y el frío que se cernieron implacablemente sobre los heroicos espectadores.

Describo esto con ánimo optimista, porque no son pocos los aficionados que me escriben diciéndome si no será excesiva la alarma con que escriben casi todas las plumas taurinas y si no estaremos procurando —acaso sin querer— un mal mayor a la fiesta al pintar un horizonte tan prieto de negros nubarrones. Es verdad, nos dicen, que los señores ganaderos han puesto un precio excesivo a sus desmirriados productos; que los diestros han subido sus honorarios, porque ellos tienen que pagar más a sus subalternos y transportarlos y alojarlos con muchos más gastos que la anterior temporada; que se ha recargado sensiblemente el capítulo de impuestos, y que las Empresas, en esa subida general, quieren también llevar su parte. Pero tengan ustedes en cuenta que la Señorita Primavera sólo ha llegado en los almanques y que el tiempo que se disfruta en toda España no es nada propicio a nuestra brillante y ardorosa fiesta. Dos cualidades —brillo y ardor— que, en efecto, sólo el sol puede comunicar al espectáculo de los toros.

Es posible que mis comunicantes tengan razón. Antes de escribir estas líneas ya había dedicado unas semejantes en otro lugar para intentar explicarme el poco público que el último domingo acudió a la Plaza de las Ventas. Cierto que las localidades eran caras; pero no tanto como para dejar vacías dos terceras partes de la Plaza en corrida inaugural y con un cartel en el que no faltaban allicientes. Resulta más grato al optimismo abrir este resquecio a la esperanza y confiar un poco siquiera en este mes de mayo que acaba de llegar y en los que le siguen. Esperemos a ver, antes de entregarnos resueltamente a un pesimismo que muy bien pudiera convertirse en derrotismo, si cielos despejados, soles ardientes y suaves y templadas brisas sacan a los aficionados de este retraimiento fatal con que hemos dado fin a esta primera etapa de la temporada.

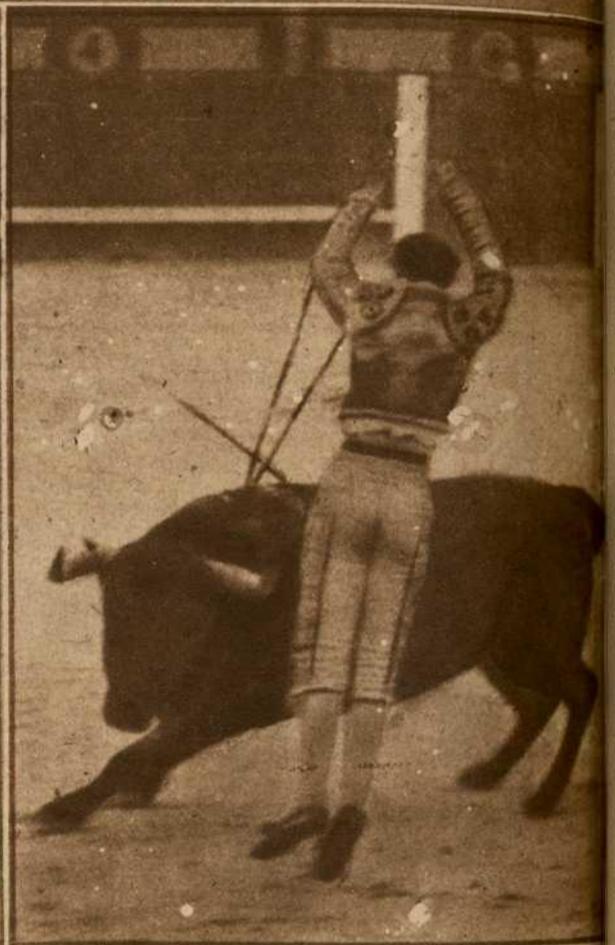
Porque eso de que si vienen o no a tiempo para éstas o aquéllas fechas Manote y Arruza, se debe dejar a un lado. Cuando lleguen, si es que vienen dispuestos a torear, siempre podrán hacerlo, y entre tanto, resulta perjudicial para la fiesta la indecisión de las Empresas y la falta de estímulo en los diestros que pueden torear ahora, cuando los fenómenos no han llegado.

Me consta que un famoso diestro que acaba de llegar a España ha dicho confidencialmente que Manolete le dijo que no iba a torear en esta temporada; pero el mismo día que tal supe, un periódico de la noche decía que el cordobés había encargado a su sastre once trajes de torero, supongo que para torear.

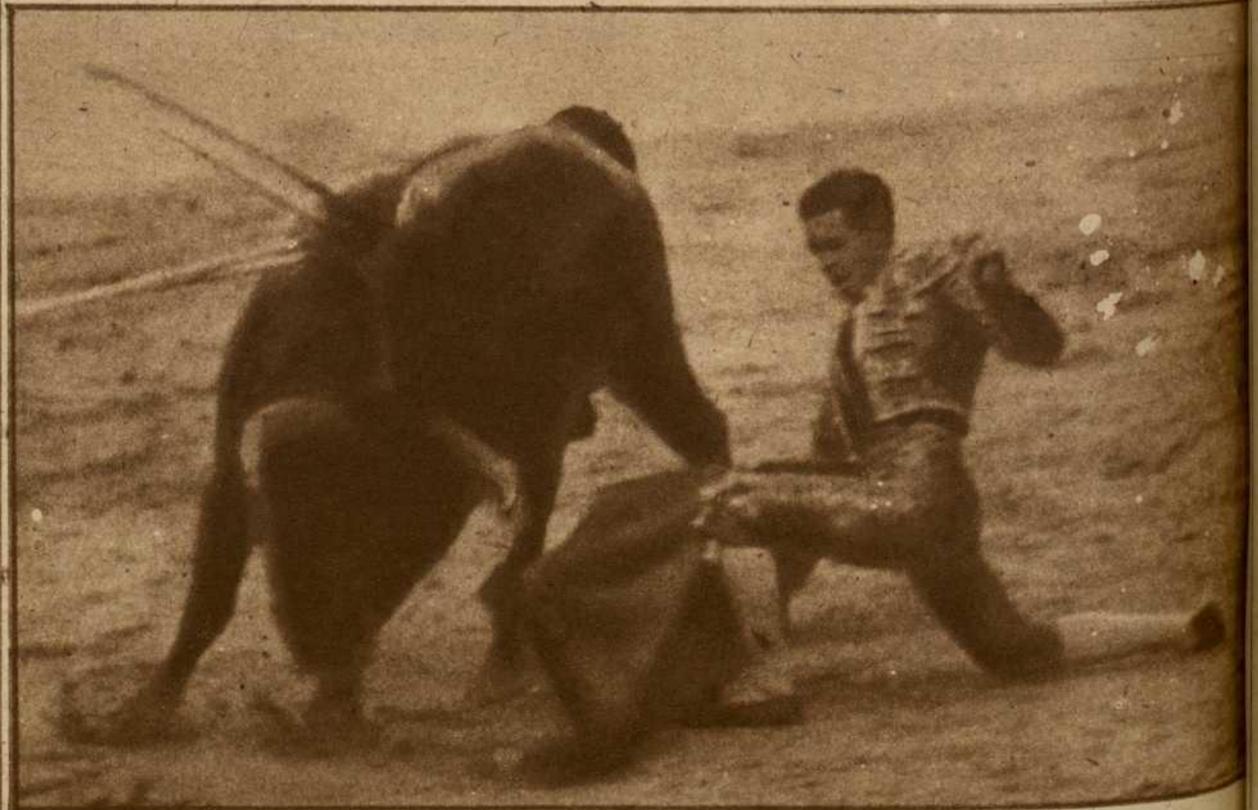
Y bien está que ellos agiten su propaganda con noticias de todos los matices y muchas veces contradictorias; pero aun estará mejor que los aficionados sólo esperen para hacer su irrupción resuelta en las Plazas a la presencia del buen tiempo.



Pepe Bienvenida, que fué muy aplaudido en banderillas, colocando un par



Pepe Dominguin, que también obtuvo gran éxito con los rehiletes, en otro par



Rafael Llorente, en la faena de muleta a su segundo toro

# DESPUES DE LA CORRIDA

Los toros cinqueños y gordos no es posible torearlos a gusto — dijo BIENVENIDA  
 todavía puedo estar mejor con las banderillas — aseguró DOMINGUIN  
 En Madrid hay siempre que arriesgarlo todo — comentó LLORENTE

## BIENVENIDA

OBSERVO modificaciones con respecto al año pasado. Voy al antiguo domicilio de Pepote y me encuentro con que se ha trasladado a otro inmueble, por fortuna no lejos. La pequeña Pastora es ya toda una señorita de dieciocho meses, a la que encuentro haciendo ejercicios de alpinismo sobre la cama de su papá. Este, por no ser menos, parece rejuvenecido.

—¿Se ha entrenado este invierno —pregunto.

—No mucho. Me lo impidió una molesta rotura de fibras sufrida en el partido de fútbol jugado contra los cineastas. Pasé unas semanas bastante molesto, y hasta se habló de hacerme una operación. Por fortuna, todo pasó, y ahora me encuentro en plena forma.

—Y de la corrida, ¿qué me dice usted?

—Poco, porque si hablo mal del ganado, luego todo son recriminaciones y disgustos con los ganaderos amigos. Se trataba de mi primera corrida de la temporada. Salí con ganas de lucirme e hice cuanto estuve a mi alcance para entretener al "respetable".

Pero éste habrá de convencerse de que a los toros cinqueños y gordos no es posible hacerles el toreo posible tan del agrado de los públicos.

Ángel Luis Bienvenida parece no haberse repuesto todavía del mal rato sufrido entre barreras.

—Es mil veces preferible —explica— hallarse en el ruedo que estar de espectador viendo torear a un hermano. Desde fuera se ve el peligro más claro, más íntimamente. La próxima corrida que toree en Madrid —dice a Pepe— iré a presenciarla a la azotea de la Telefónica.

## DOMINGUIN

¿Qué extraño es que los hermanos Dominguín, muy cuidadosos del trato social, expansivos y amables, tengan siempre a su alrededor un nutrido núcleo de amigos?

Esta vez, los comentarios



Bienvenida y Dominguín saludan al público, que les ovaciona por su labor con las banderillas



Rafael Llorente, después de su cogida por el tercero



Pepe Bienvenida, con Uzoudun, antes de salir al ruedo (Fots. Baldomer)

de los incondicionales giraban en torno del ganado que acababa de lidiarse.

—Mi primer toro resultó bronco; el segundo, con menos nervio, de embestida tardía, y de-

fectuoso, ofreció grandes inconvenientes para ligarle una faena.

Los amigos no se cansan de comentar la seguridad y brillantez de que hoy, como siempre, hizo gala Pepe Dominguín en el tercio de banderillas.

—Por mi parte, sólo estoy contento a medias. Tuve la desgracia, en los dos últimos pares, de clavar en la brecha producida por un puñazo, y el resultado ya sé: quedarme con los rebiletes en la mano. Ahora, recobrada la salud, de que carecí en la anterior temporada, sólo ansío volver a cuajar en Madrid las tardes de éxito.

## LLORENTE

Por su voluntad y pundonor, al abandonar la Plaza el torero madrileño se llevó en la espuerta de los capotes la honda simpatía de los espectadores.

Su primer enemigo, al humillar la cabeza en los primeros muletazos, le hizo concebir esperanzas de que allí podía cuajar una faena de las suyas. Pero al tercer pase resultaba cogido, y menos mal que el percance no tuvo consecuencias.

—Yo tuve la certeza —explica Rafael— de que la cogida era casi segura; pero estaba toreado en Madrid y había que arriesgarlo todo.

El bicho se vencía mucho por el pitón izquierdo, y al no pasar y estar desde que salió de los chiqueros a la defensiva, acabó por cogermelo de lleno.

—¿A qué achacas las dificultades opuestas por el ganado?

—La edad es el factor básico que hace peligrosos a los toros. En cuanto al lidiado esta tarde, yo creo que hace mucho tiempo le salieron los dientes.

Hoy fué tarde para lidiar —añade—, pero esto tiene el inconveniente de que no llega ni satisface a la mayoría de los espectadores. Veremos si el ganado de don Alipio, que creo torearé el próximo domingo, se deja torear más a gusto.

F. MENDO

## LA SEMANA EN LAS VENTAS

### LA PRIMERA CORRIDA

LO que si parece demostrado a estas alturas, ya no estrictamente iniciales, de la temporada, es que con los precios que lo que, para no meternos en honduras, llamaremos las circunstancias, han impuesto en los espectáculos taurinos, es que pocas o ninguna



combinación de las que barajan los organizadores es suficiente para rellenar el aforo de las Plazas. En Madrid, la primera corrida, con ser la primera, venir tras una dieta de quince días y tener atractivos y alicientes, se dió con grandes claros en los graderíos. En una tarde, justo es decirlo, fría y ventosa.

El resultado en diversión no fué mucho. Pongan ustedes la parquedad a la cuenta del ganado de Muriel, que, salvo el último ejemplar, se presentó bien criado en las dehesas de la Empresa. Pero en lámina se quedó todo, pues cumplieron con poco estilo ante los picadores, salieron sueltos y rebrincados y sacaron sentido y media arrancada ante los de a pie. Estas características, que no pueden catalogarse como de bravura, dieron tono a la corrida, y no muy divertido que digamos. La segunda mitad fué mejorando levemente para la muleta, y aquí será justo decir que los lidiadores, sin estar mal, no aprovecharon del todo la mínima parte en que el ganado pudo colaborar al éxito. Lo que sí hicieron Pepe Bienvenida y el segundo de los Dominguines fué forzarlo en la parte espectacular y tomar los palos con el mejor deseo y muy buen resultado en todos sus enemigos.

Dos estilos de banderillar magníficos en los dos Pepes. En Bienvenida, la precisión, la medida de los terrenos, su total maestría de la suerte, y en Dominguín, la emoción y la guapeza de unas extraordinarias facultades pusieron calor de emoción en los tendidos. Pepote banderilleó al primero con facilidad y con gran maestría al cuarto. Pepe, con emoción soberana —¡aque! par ganando la cara, casi vencido ante la fortísima arrancada!—, al segundo. En el quinto, los dos, cada uno en su caute, explicaron la asignatura del segundo tercio. Allí estuvo la alegría de la corrida. Bienvenida lidió con justeza al primero, al que dió lo que requería. Acaso una estocada de menos, por descabellar con premura. En el cuarto se quedó un poco corto, no en su decoroso buen hacer, sino en la decisión para meterse en faena tras los primeros redondos. En el aguante pudo estar, aunque el toro no venía claro. Pero mató muy bien, aunque no lo vió la gente, de una señora estocada.

Pepe Dominguín se halla en el punto de no armonizar —salvo banderillas en mano— sus facultades con sus nervios, ni tampoco con ese concepto estático del toreo que ahora priva. Pone valor y voluntad; pero no se le ve seguro. Nunca será un estilista; pero podrá convertirse, reposándose, en un lidiador, aunque ahora no se valore eso demasiado. El domingo resultó movido y embarullado, a fuerza de buen deseo y de exceso de nervio, todo su toreo. Con el capote y con la muleta, en la que siempre acabó por la cara. Y matando tampoco sacó el partido que debiera, pues entró rápido, mal perfilado y de cualquier modo.

Rafael Llorente, sin banderillar, tuvo que apretar con la tela desde el primer momento. Un quite por verónicas, y las que dedicó al tercero, le ganaron los primeros aplausos, a cambio de un hachazo que le rasgó la taleguilla. Muleteó con valentía, y al pararse fué revolcado con aparato y golpe fuerte. Quizá eso restase a su labor no el valor que lució siempre, sino el grado de reposo que hubiera hecho falta para lograr faena redonda en el sexto, con más docilidad y menos fuerza. Hubo muy buenos pases; pero se dejó el toro encima en casi todos, y tuvo que ganar otra vez los terrenos con frecuencia.

EL CACHETERO

# EL LIDIAR INNECESARIO

FRONTE a las maneras de torear que hoy prevalecen suele oírse la contradicción de los aficionados viejos que claman por que se vuelva a las normas del lidiar los toros, en tal de ser éstos simples pretextos para el lucimiento artístico de los diestros.

Yo me encuentro tan distante de la indignación de los viejos aficionados como del entusiasmo desmedido de los actuales, y procuro no censurar o lamentar, sino tratar de explicarme los sucesos, pues explicación tienen suficiente para justificarlos, o al menos disculparlos, si disculparles es cosa distinta de comprenderlos.

En efecto, hoy la lidia, como un todo coherente, como una lucha en que tácticamente se van conquistando posiciones hasta llegar al dominio del toro, puede decirse que ha desaparecido. Los picadores se encargan de dominarle a lanzazos, no por culpa de ellos, sino de los petos, y los matadores tienen ahorrado el trabajo de imponerse al bicho con los recursos de la lidia y del toreo. Se da el caso paradójico de que los únicos toros que vemos bien lidiados son los que, por su falta de poder o su docilidad en la embestida, requieren ser cuidados como enfermo grave para consumir en él las suertes antes de

que estire la pezuña. Es entonces cuando el matador prohíbe dar capotazos sin ton ni son a los peones, y cuando se vuelve hacia la presidencia, montera en mano, para que cese el castigo de las puyas. Antes, por la dificultad de que el solo quebranto de los picadores fuera suficiente, el toreo era un complemento del castigo de las varas; hoy día, en que hasta los reservas meten el palo con destreza antes sólo concedida a los Cameros o Catalinos, es innecesario todo otro alarde de quebranto con-



En el círculo, Rafael Guerra, Guerrita. — Abajo, Ricardo Torres

tra el toro, y puede darse el matador el gusto de dedicarse, con denuedo digo de mejor causa, a lo que los taurinos llaman «hacer el toreo».

Las cosas van por ese camino y es perfectamente estéril lamentarlo. Me guardaré, pues, de ello. Pero si quiero sacar las consecuencias que de este hecho se han deducido, y justificar a los matadores que siguen la corriente. El toreo tenía antes una finalidad conocida: la de dominar al toro para prepararle a la estocada. Este era el esquero de la lidia, el hilo argumental del suceder de escenas o suertes, la razón de estar el diestro en el ruedo. Ciertamente que en muchas ocasiones no era necesario esfuerzo grave para llegar a tal fin, pero existía una tradición del lidiar que, aun siendo a veces superflua, se seguía con fidelidad y daba al conjunto de las faenas una unidad y un sentido de que hoy carecen totalmente. Protesto de que nadie interprete estas palabras como afirmación de que los toreros pasados dominaban siempre y mataban como dicen que mataba Fras-cuelo. Acaso no dominaban, y los mataban a pellizcos; pero la lidia tenía una unidad y un carácter que hoy se ha perdido totalmente. Para el torero actual, cada suerte o cada lance tiene la finalidad sustantiva de su perfección, sin unión o relación de los que han de sucederle o de los que ya han pasado, y así la lidia tiene un carácter madreporico, de proliferación simultánea e incoherente irremediable. Al perderse la finalidad, los procedimientos han quedado en el aire, sin razón eficaz de existencia, y automáticamente han venido a sustituirles atractivos de tipo plástico o artístico que llevan al toreo camino de la pantomima o de la danza.

En el toreo se ha venido a realizar el intento, tantas veces proclamado en la literatura, del arte por el arte, aspiración de decadencia. El arte sano y entero, aun sin proponérsele,



cumple una misión eficaz de moralidad y enseñanza.

Pero aun desde el punto de vista meramente estético, la antigua concepción de la lidia tenía una belleza superior. La plástica se daba por añadidura, adjetivamente, y su encuentro inesperado tenía una sorpresa y una emoción superiores al toreo o al adorno sin finalidad que hoy se practica. Esa tradición de la lidia es la que hace mantener su rango a toreros como Domingo Ortega, que, aunque pechando (me atrevo a suponer que con satisfacción) con el sistema de dominio picanderil, aun conservan, con otras virtudes artísticas, las líneas generales de unos modos de lidiar que son, para los aficionados viejos, un recuerdo tan sólo.

JOSE MARIA DE COSSIO

Arriba, en la silueta, Joselito. — Abajo, El Papa Negro



# JOAQUIN RODRIGUEZ

trae firmadas tres corridas para la próxima temporada en El Toreo

**C**AGANCHO, torero con personalidad, sin trampa ni cartón, es aún un símbolo en el toreo. Su estampa no se da ya, y su garbo, de indolencia gitana, guarda las características del «payo». Joaquín Rodríguez regresó a España, después de una larga excursión por América. Jira artística, Toreo y películas fueron sus actividades en tierras aztecas.

Ahora, el descanso. Junto a los suyos, y en España. Siempre bendecida y adorada por quienes momentáneamente la abandonan.

Cagancho no acusa agotamiento ni se muestra acabado para el toreo.

La misma sonrisa. Y el mismo andar pausado de sus años mozos. No ha perdido la personalidad. Con sus cuarenta y dos años, Cagancho se nos muestra joven. Pletórico de facultades y espigado, como lo vimos al llegar a Madrid el año 1924. Veinte meses ausente ha estado Joaquín. Y

su retorno a España nos brinda hablar de cosas que apenas tienen relación con sus actividades taurinas. Su campaña en Méjico fué relativamente corta. Y casi olvidada, porque Cagancho dedicó casi todo el tiempo a filmar películas. Su presencia fué atrayente en todos los aspectos, y los directores se disputaron su colaboración para que interviniera junto a Carmen Amaya en la película *La Luna enamorada*, de ambiente español, con su parte taurina, *zambra*s gitanas, partidos de pelota. Cagancho, como principal protagonista junto a la españolísima Carmen Amaya y los mejicanos Angel Garasa y Virginia Serret, absorbió la mayor parte del tiempo de que dispuso en Méjico. Y sus contratos para las principales Plazas hubo de anularlos, ya que el compromiso cinematográfico le apartaba momentáneamente de toda actividad por los ruedos mejicanos.

Hasta él mismo ha olvidado parte de sus andanzas.

Y cuando le preguntamos por su pasado, mira para todos los sitios. Dialoga sobre puntos opuestos al tema, y cree que todo aquello no tiene ninguna importancia. Ni para comentarlo ni como recuerdo de esos veinte meses.

—¿No es hombre de memoria?

—Nunca retuve ni siquiera lo vivido veinticuatro horas antes. Únicamente los éxitos.

## CAGANCHO HA VUELTO



Cagancho, con su hijo, a su llegada a Madrid



Joaquín Rodríguez, otra vez en España, posa para EL RUEDO (Fots. Zarco)

No ha pensado en retirarse y se encuentra más joven y más fuerte que nunca

—Guardo recuerdos gratisimos. Este año ha sido de «paro forzoso», porque al quedarme allí, los contratos no pudieron formalizarse. Casi vencida la temporada, tomé parte en dos corridas, aunque no con el éxito del año anterior. ¡Eso sí que lo recuerdo, porque corté orejas en las dos últimas corridas en El Toreo!

—¿Viene con muchos ánimos?

—Lo estoy siempre cuando se trata de torear. Pero no soy impresionable ni ambicioso. Si las cosas se ponen bien, torearé... y si no, a descansar.

Cagancho espera a los contratos que se le ofrezcan. Si merecen realmente la pena, se vestirá de torero. Porque, de lo contrario, sus actividades seguirán paralizadas. Hasta que se embarque para Méjico.

—Pienso volver —nos anunció— porque traje tres corridas firmadas para la capital. Condicioné mi actuación última a la próxima temporada, y fué aceptada. Espero sea mi última campaña por América.

—¿Pensamiento entonces de retirarse?

—Pues realmente, no.

Pero tampoco creo que se prolongue mucho mi permanencia. Quizá el año que viene decida mi despedida. Que será en España, como nadie puede poner en duda.

—¿Para dedicarse por entero al hijo?

—Ahora observaré el progreso realizado. Yo lo había visto; pero aun no podía apuntar lo que ahora parece ser ya una realidad. Sin entremeterme para nada en lo suyo, porque ya que no quería verlo de torero, ahora mantendré la distancia, como entonces. Tiene su apoderado, persona para mí de gran confianza, y no necesita de su padre.

Joaquín Rodríguez ya está en España. Acogido cariñosamente, porque Cagancho es de los que lleva la simpatía ligada a su persona. Abrazos y frases. Cortadas a cada paso que da, ante la presencia de un nuevo amigo.

Sus ojos verdes son un contraste con el moreno cetrino de su rostro. Y como dato elocuente del éxito de su excursión, los adornos en oro. Pulseras, sortijas, cadenas... Todo un escaparate deslumbrador, sin que falten los pesos que completan tanta fastuosidad.

Cagancho ni ha perdido afición ni cree que la fiesta esté en decadencia. El toreo tiene sus crisis y sus épocas brillantes. Y como todos los que vuelven siente la satisfacción íntima de haber vivido el triunfo de los toreros españoles.

Ante una afición que sin aventajar a la nuestra es entendida y conoce a fondo el toreo.

—¿Y los fracasos?

Muy asombrado, contesta rápido. Casi ofendido por nuestra pregunta.

—¡Jamás! Que yo recuerde, nunca estuve mal. Hubo quizá poca fortuna...; pero fracasos, no.

—¿Cuándo se retira?

—No soy de los que piensan. Y sobre mi alejamiento de los toros, no he reparado todavía. Ahora que, el día que lo haga, será definitivo, sin reparaciones ni tampoco formar en una cuadrilla como subalterno. El nombre adquirido en tan arriesgada profesión es preciso sostenerlo. Aun fuera del ambiente.

—¿Y de su estancia en Méjico?



De izquierda a derecha, el cónsul de la Argentina y señora, don Eudoro Díaz de Vivar y el periodista Santos Alcocer, retratados en la Plaza de toros de Alcalá de Henares (Fot. Contreras)

CARAS EXTRANJERAS  
EN EL TENDIDO

## Las primeras impresiones del espectador novel don EUDORO DIAZ DE VIVAR

# Ningún espectáculo puede superar la emoción de jugarse la vida

**E**STE señor, joven, alto y fuerte, con el que conversamos a la hora amable del aperitivo en el «hall» de uno de los mejores hoteles madrileños, es don Eudoro Díaz de Vivar, apellido de ilustre tradición, que en la Argentina corresponde a una de las familias más preclaras, a una familia de cuyo rancio abolengo y su pura ascendencia, de la mejor sangre española, no es necesario decir nada, porque el apellido, por sí solo lo explica todo. Don Eudoro es el nuevo secretario de la Embajada de su país en España. Sólo hace dos meses que se encuentra entre nosotros, «sinceramente encantado», para decirlo con sus propias palabras.

—¿Tenía tantas ganas de conocer España!

—Y de España, ¿qué es lo que más ganas tenía de conocer?

—Llegué pensando en asistir, tan pronto como me fuera posible, a una corrida de toros. Tenía verdaderos deseos de juzgar directamente este espectáculo, imaginado antes por mí con arreglo a las descripciones oídas y leídas y a las versiones cinematográficas. Pero ni el libro, ni la palabra, ni siquiera la pantalla, pueden aproximarse a la verdad suprema de esta fiesta, tan única, tan personal, tan española.

—¿Vaya! Parece que no ha quedado decepcionado.

—Mi interés por las corridas se explicará mejor si le digo que nosotros, nuestra familia, somos ganaderos. Nuestras «puntas» pastan al norte de Corrientes, y allí se realizan las faenas pamperas, en las que puede encontrarse cierta semejanza con las que aquí se realizan en los campos de Andalucía. Yo mismo he intervenido no pocas veces en estas faenas tan típicas y que constituyen un deporte apasionante.

—¿Y tienen ustedes reses bravas en su ganadería?

—Por lo general, nuestro ganado, que se llama de «calza», no atropella ni acomete sino cuando se le acosa, cuando se ve «cazado». Se le acosa a caballo, y una vez que se ha conseguido enlazarlo por los cuernos, se le «piala» a las manos o a las patas para que caiga. Entonces se echa pie a tierra, y con un «amancador» se le traba pata con mano y se le sangra con un corte en la nariz para que no muera de rabia o, como decimos nosotros,

para que se alivie. Luego se le da con la «guacha» en la frente para que queden atontados, y...

—Perdón, perdón. ¿Qué es la «guacha»?

—La «guacha» está formada por dos látigos y un mango de madera.

—Una anestesia algo primitiva, ¿no?

—Pero muy eficaz para poder marcar a las reses con relativa comodidad. Una vez marcadas, se las llevan los bueyes o mansos. Como nuestro ganado crece en plena libertad, en medio de una naturaleza virgen y agreste, la bravura le queda, a pesar suyo, como una rémora de la vida salvaje. Lo malo es que uno no es torero y puede verse en situaciones apuradas, como la que pasé yo en cierta ocasión.

—A ver, cuente, cuente...

—Habíamos enlazado a un toro, y yo me apeé del caballo que montaba. Pero en este momento el animal empezó a «ramalear», es decir, a cortar las correítas del cuero con que le habíamos sujetado, las cuales son ocho, y fueron saltando una a una. Cuando iba a saltar la última, el capataz gritó, al darse cuenta del peligro que yo corría: «¿Lo mató?» Pero antes de que pudiera contestarle ya estaba el toro completamente libre y venía hacia mí furioso. Le tiró el hombre, mas con el nervosismo del momento erró el disparo. El animal se dirigía hacia mí como una tromba. El segundo tiro le hirió en un brazuelo. Y sólo cuando lo tenía a dos metros de mí, el capataz acertó y lo mató.

—¿Buen susto pasaría, don Eudoro!

—No lo sabe bien el amigo. En fin, menos mal que sólo fué el susto.

—Bien. Volvamos al principio. Quedamos en que no había visto corridas hasta llegar a España.

—Y ahora debe añadir que desde que vivo aquí he visto todos los espectáculos taurinos que se han celebrado en Madrid, más la corrida que se dió en Alcalá de Henares. Muy poco todavía, como verá, pero lo suficiente para rendirse ante el coraje, ante ese valor del torero que tan gallarda y airoosamente se enfrenta con el peligro mortal. Eso de hacer pasar al toro sin que el Hiestro se mueva un milímetro es... inexplicable. Como inexplicable es aún para mí el que el público le «hille al espada» cuando éste, en uso de lo que estimo yo legítima defensa, da un pasito atrás.

—Es que el mérito está en aguantar.

—Sí; ya me lo han dicho. Pero, vamos, si el torero ve que el animal le va a empuñar, ¿por qué no ha de evitarlo? Total, un pasito...

—Pues así es: un pasito que, de darlo o no darlo, depende el éxito o el fracaso.

—Ya lo veo, ya. Los primeros toreros que he visto actuar han sido los novilleros el Boni, Montero y Paco Rodríguez. He apreciado un valor extraordinario en otro muchacho llamado el Vito. Lo que me asombra es que los toreros, cuando los atropella el toro, se crecen y son todavía más valientes.

—No está mal eso. Y de todo el conjunto de una corrida, ¿qué es lo que más cautiva su atención?

—En estas mis primeras impresiones de espectador le encuentro a todo una gran belleza y atractivo: desde el desfile de las cuadrillas hasta el arrastre del último toro.

—Pero, ¿no hay absolutamente nada que le desagrade?

—Ya le digo que todo me parece bien. Todo..., menos la intervención de los caballos. No sé si lo que voy a decir es un disparate; pero creo que con buenos ejemplares se podría hacer ese tercio mucho mejor y más bonito. Quiero decir empleando caballos que puedan aguantar la lucha y no esas pobres y débiles bestias que sacan a los ruedos. Es notorio que los argentinos tenemos un gran afecto por el caballo y le cuidamos y mimamos. Por eso, la suerte de picar nos tiene que causar pena, tal como se practica.

—Comprendo perfectamente su punto de vista. Pero también existe, como no ignorará, el toro a caballo, y espero que cuando lo vea sentirá admiración por él.

—Estoy seguro. Tengo enormes deseos de contemplar el arte del rejoneo, principalmente de ver actuar a Alvaro Domecq, cuya maestría me han ponderado tanto.

—Y ahora, dígame, para terminar: usted, que ha viajado tanto, ¿ha visto algún espectáculo o deporte que motive un apasionamiento o clima semejante al de los toros?

—Eso es imposible, porque ningún espectáculo puede superar la emoción de jugarse la vida.

Y don Eudoro levanta su copa de jerez, y exclama antes de llevarla a los labios:

—¡Viva el toro!

El toro, que cuenta ya con un aficionado más.

RICARDO ARMENTALES



## ROMANCE DE LA TORERIA

# CARTEL DE FERIA EN SEVILLA

I  
 ¡Qué toldo le pone el cielo  
 a Sevilla en su feria!  
 La calandria de los aires,  
 la codorniz del trigal,  
 cigüeñas que van a Eciya,  
 brisas que vienen del mar,  
 tu fama a los cuatro vientos  
 llevan de aquí para allá...  
 La seguidilla, el bolero,  
 el Vito, la «soleá»,  
 los duendes del «cante jondo»  
 —que es cante grande cabal—,  
 los espejos donde el baile  
 de esquina en esquina va,  
 cortando del limonero  
 ramos de blanco azahar...  
 Y en el cristal de mil brindis,  
 mil Giraldas de cristal.  
 ¡Feria de abril en Sevilla  
 que nadie puede olvidar!  
 Betis donde abreva el nardo  
 dulzores del naranjal;  
 olas donde abreva el río  
 el regusto de la sal;  
 peces de plata en las aguas,  
 alas en el palomar,  
 por el río, por los aires,  
 cual feriantes llegarán.  
 Y al alimón con los peces,  
 limones van hacia el mar  
 para contarle a las olas  
 los secretos del feria.  
 ¡Cuánto garbo! ¡Qué majeza!  
 ¡Qué brio! ¡Qué majestad!  
 ¡Qué mujer lleva a la grupa  
 aquel flamenco juncal!  
 Con traje corto, el jinete;  
 con volantes de percal  
 —rojo el clavel, negro el pelo,  
 gracioso y negro el lunar—,  
 ella a la grupa, y la jaca  
 con un brioso trotar,  
 que las estrellas del cielo  
 son de sangre en el ijar...  
 ¡Corvetas y cortesías!  
 ¡Qué jaca! ¡Qué bracear!  
 ¡Esta es la sin par Sevilla  
 y esta su Feria sin par!

II

Ya están aquí las cuadrillas...  
 Oro y azul celestial,

la mitad de verde y plata,  
 de oro y rosa la mitad.  
 Allí viene Manolete,  
 taurino brazo de mar...  
 Su capote es la Mezquita  
 del arte de torear.  
 ¡Pepe Luis! Una Giralda  
 que se sabe arrodillar.  
 Pide el alguacil la llave...  
 Ya el toro en la arena está.  
 La tarde cambia en la plaza  
 la seda por el percal,  
 y en el palco de los cielos  
 —gradas de nube y cristal—,  
 un ángel le dice a otro:  
 "¡Quién supiera torear!"  
 Presidenta de los aires,  
 del ciprés y el palomar,  
 ¡cómo aplaude la Giralda,  
 con repique de metal!  
 ¡Qué cartel para la Feria!  
 El clavel y el azahar,  
 abanicos y mantillas,  
 pechos para suspirar  
 cuando el toro siente el roce  
 del impávido alamar.

¡Cañaverales del río,  
 amapolas del trigal,  
 adelfas del fresco arroyo,  
 fresca sombra de encinar,  
 el pasto de las dehesas,  
 marismas cerca del mar!...  
 ¡Toda la rabia en los cuernos,  
 ansiosos de cornear!  
 El capote, la muleta  
 y una sonrisa detrás.  
 ¡Qué clamor en los tendidos!  
 ¡Qué faena tan genial!  
 ¡Pepe Luis o Manolete?  
 ¡Un torero! ¡Qué más da,  
 si el Guadalquivir refleja  
 ese pase natural,  
 que sea Córdoba o Sevilla  
 quien supo así torear?  
 Se extiende en el sol la sombra...  
 Lejos, se enciende el feria...  
 La faena de la Feria  
 y la estocada final.  
 ¡Esta es la sin par Sevilla,  
 y ésta su Feria sin par!

ADRIANO DEL VALLE



ANTONIO CASERO

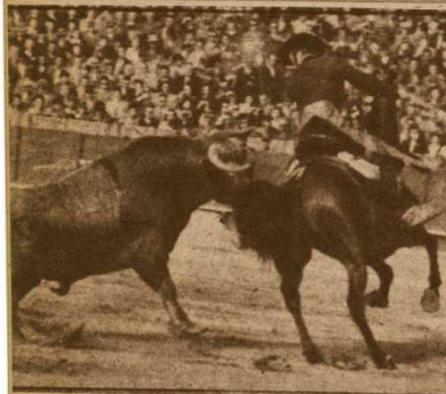


Pepe Luis, Pepín Martín Vázquez y Belmonte, a la puerta de las cuadrillas, preparados para iniciar el paseillo

# Gráfica de las corridas sevillanas

## SEGUNDA DE FERIA

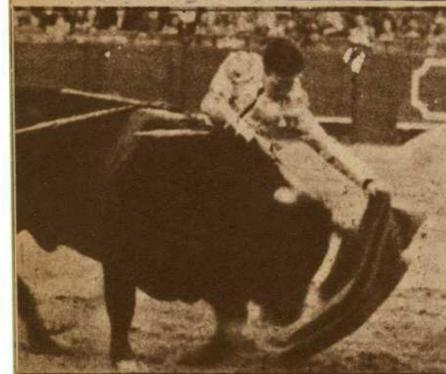
### PRIMERA DE FERIA



Alvaro Domecq, en su intervención a caballo



Belmonte, en un muletazo con la derecha



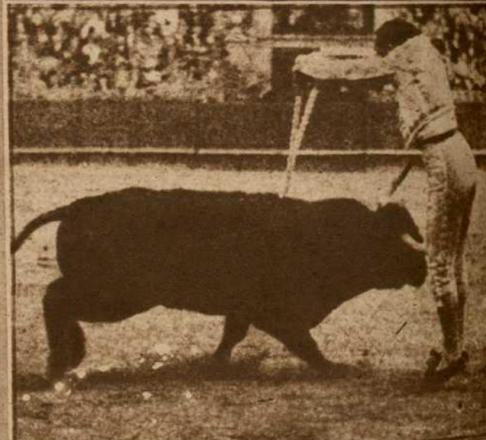
Pepe Luis Vázquez toreando al natural



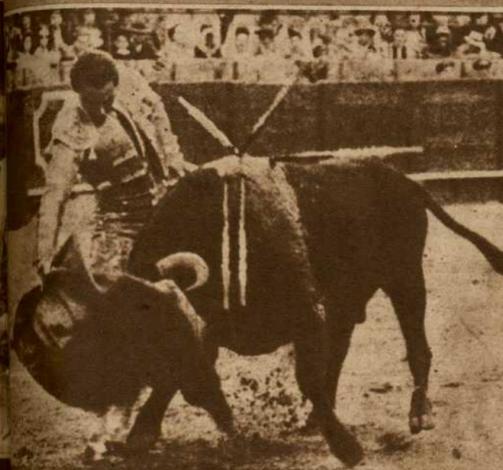
Pepín Martín Vázquez, en el pase de moda



Andaluz, Pepín Martín Vázquez y Armillita, que torearon la segunda corrida de feria



Armillita, colocando un par de banderillas



Manuel Alvarez, Andaluz, en un buen derecho bajo a su primer enemigo

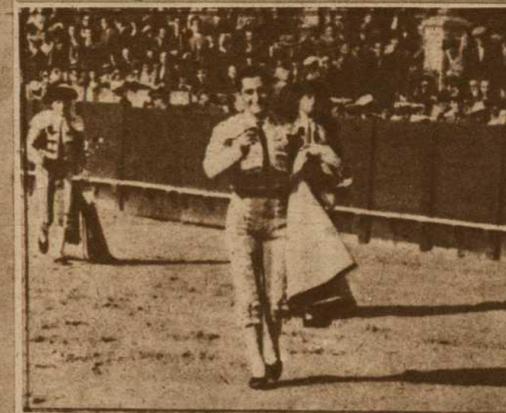


Pepín Martín Vázquez toreando al natural



Pepe Luis Vázquez, Pepín Martín Vázquez y Juanito Belmonte, que torearon la tercera corrida de la Feria de Sevilla

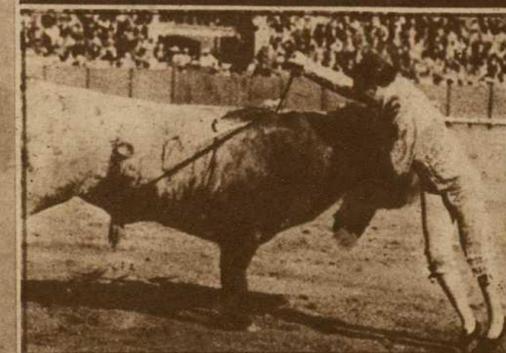
### TERCERA DE FERIA



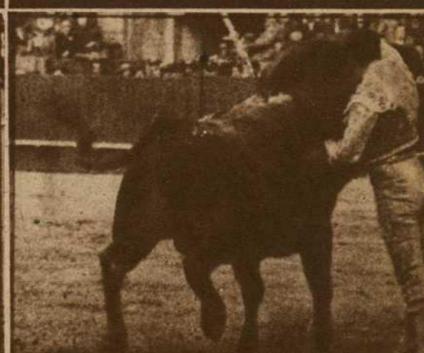
Juanito Belmonte, con la oreja cortada de su segundo



Un momento de la faena de Belmonte



Pepin entrando a mular, mientras el toro se queda



Pepe Luis, toreando de muleta

El gran don Francisco Urzáliz y su esposa, doña Leonor Sala



Alvaro Domecq, con su esposa y su hermano Pedro



Alvaro Domecq, con su hijo



paseando por la feria



La duquesita de Montoro, con Conchita Cintrón y Juanito Belmonte

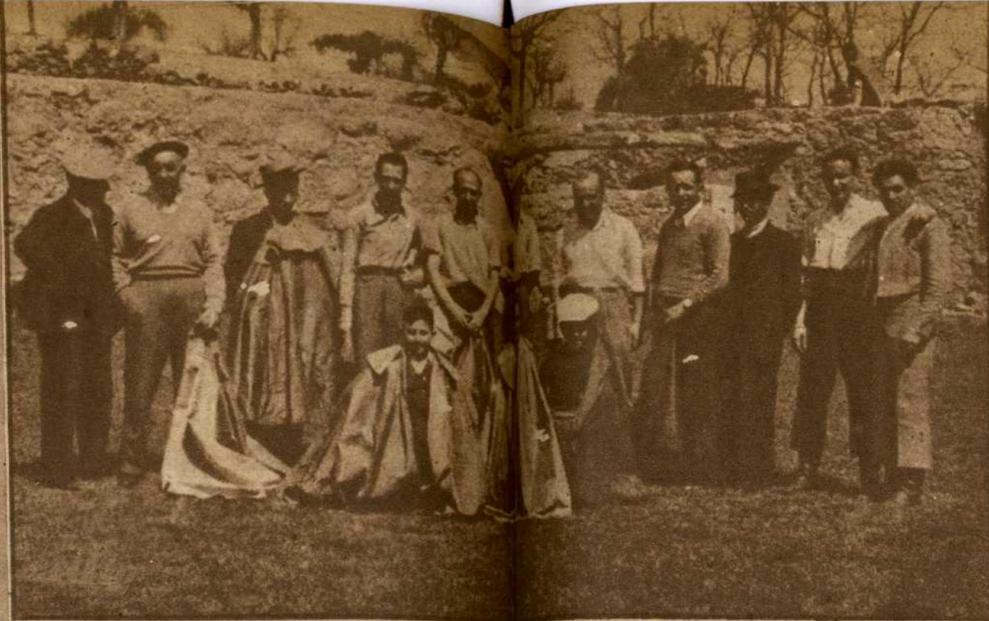


El conocido escritor taurino Gregorio Corrochano (Fots. Are)





Una de las sorpresas con que les obsequiaron a los socios del Club fué la presentación de una corrida de Rogello M. del Corral por un pequeño vaquero de trece años



Grupo de aficionados que participaron en las fiestas de becerras de Dionisio Rodríguez



Los becerros son recogidos en el campo para proceder al herradero y tiesta. Bella estampa a la que el vaquero y el árbol terminan de componer



Arriba: Momento de herrar a un becerro por el procedimiento moderno, es decir, metiéndolo en una jaula.—Abajo: Una vez hecha la operación, el becerro sale de la jaula disparado

# EL CLUB COCHERITO DE BILBAO EN VILLAVIEJA DE YELTES

## UNOS MILES DE KILOMETROS PARA ASISTIR A UNA TIETA DE BECERRAS

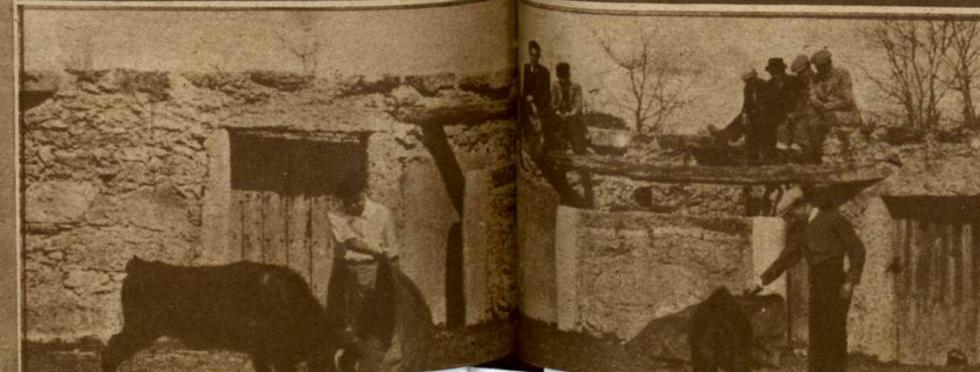
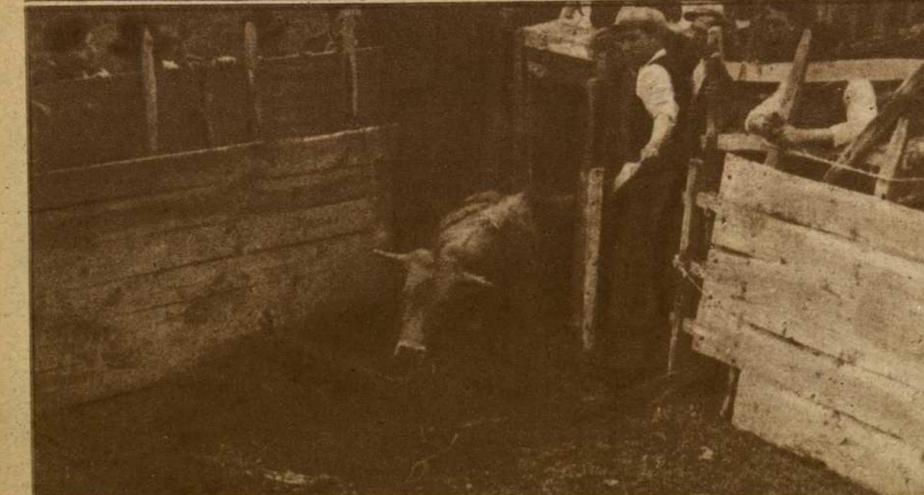


El aficionado José Macazaga toreando de muleta.—Abajo: Otro aficionado de categoría, José Luis Bilbao Olaeta, prueba aquí su suerte con la freneja

El presidente del Club Cocherito de Bilbao explica prácticamente una lección de torreo.—Abajo: El novillero bilbaíno Robredo, que participó en la tiesta



Meltón picando una becerra.—Abajo: Otro de los momentos del herradero de becerras, empleándose en éste un procedimiento más primitivo (Fotos Cecilio)

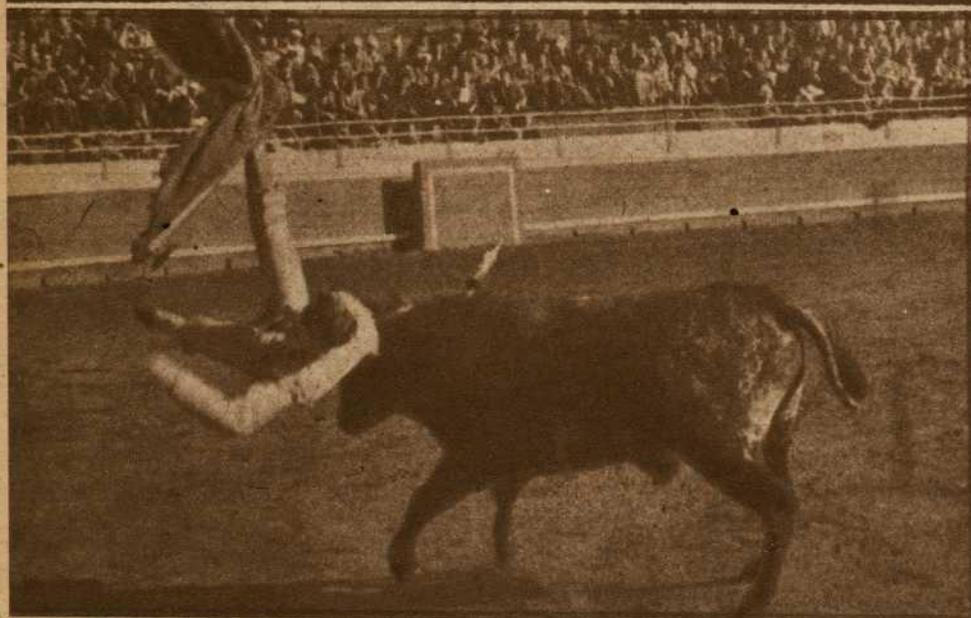


**CARTEL DE BILBAO**

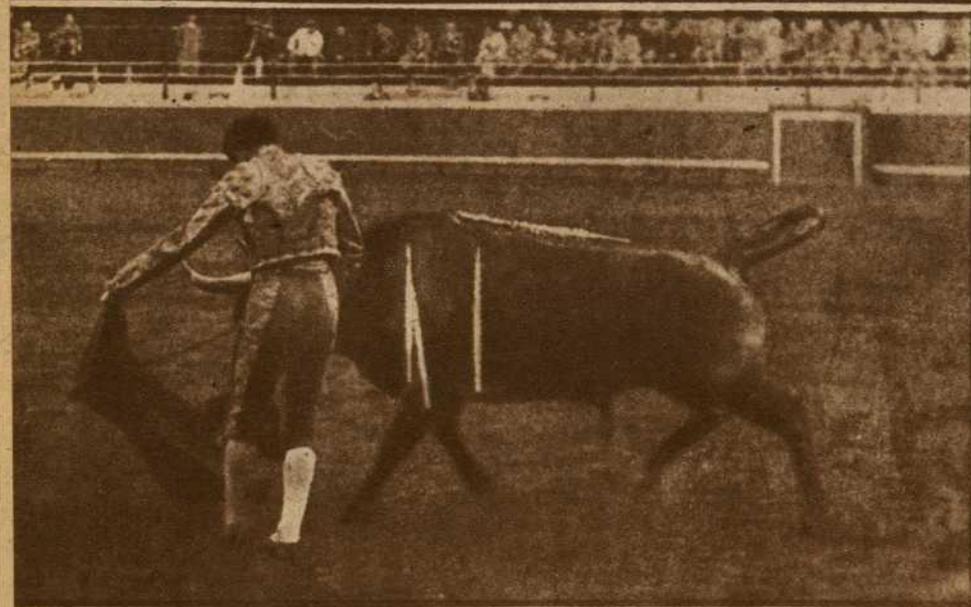
**ovillos de Concha y Sierra para REDONDO,  
GALLITO DE DOS HERMANAS y PERICAS**



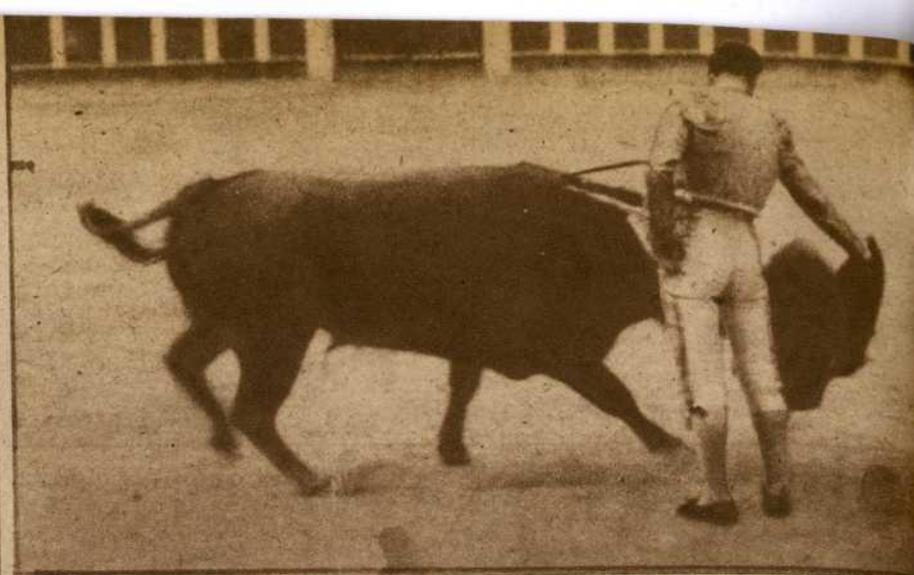
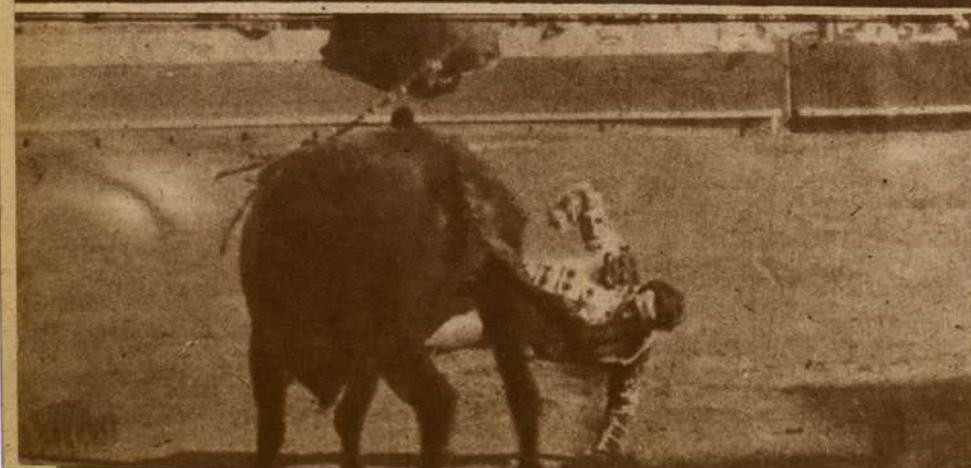
Gallito de Dos Hermanas, Redondo y Pericás, con el empresario señor Lladó



Momento de la cogida, sin consecuencias, de Pericás



Luis Redondo, toreando al natural. — Abajo: Cogida de Gallito de Dos Hermanas (Fots. Elorza)



Antonio Bienvenida, en un derechazo por bajo a su primer toro, en la corrida de Málaga

**CARTEL DE MALAGA**

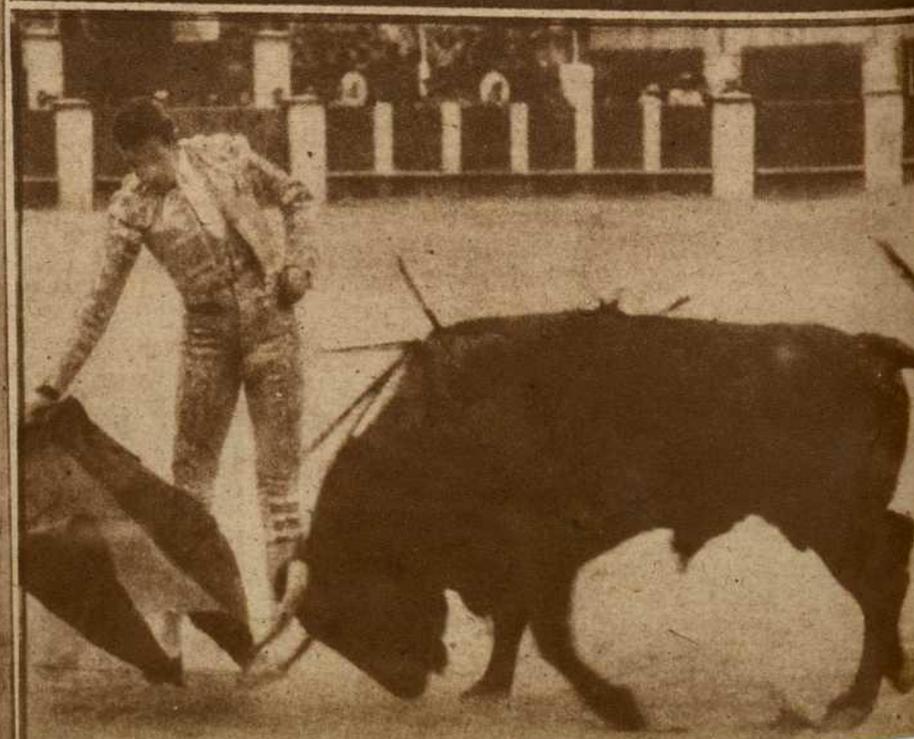


Curro Caro, en la faena de su primer toro en Málaga



Cañitas, que fué nombrado Hermano Mayor de la Cofradía del Rocío

Parrita, con el segundo toro, al que cortó la oreja después de una buena faena





Cañitas, que reaparecía en España, en un muletazo por bajo al primer toro

**PE ANASTASIO, CURRO CARO, CAÑITAS, ANTONIO BIENVENIDA y PARRITA**



Anastasio, dispuesto para salir al ruedo



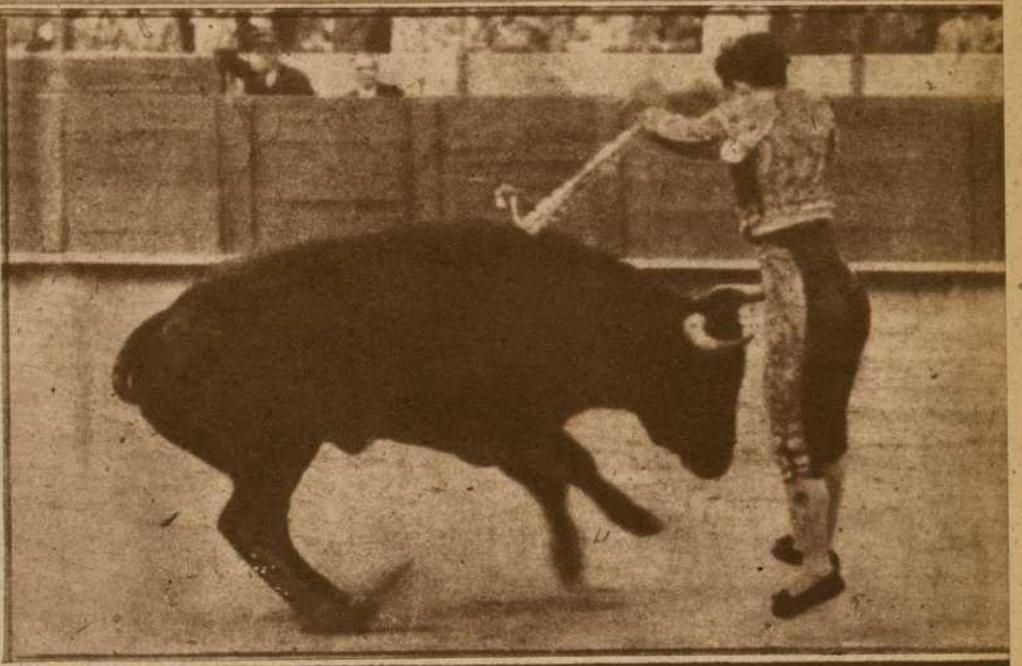
Cañitas, que obtuvo un gran éxito, saluda con los trofeos conseguidos

El público soportó paciente y convenientemente preparado el aguacero

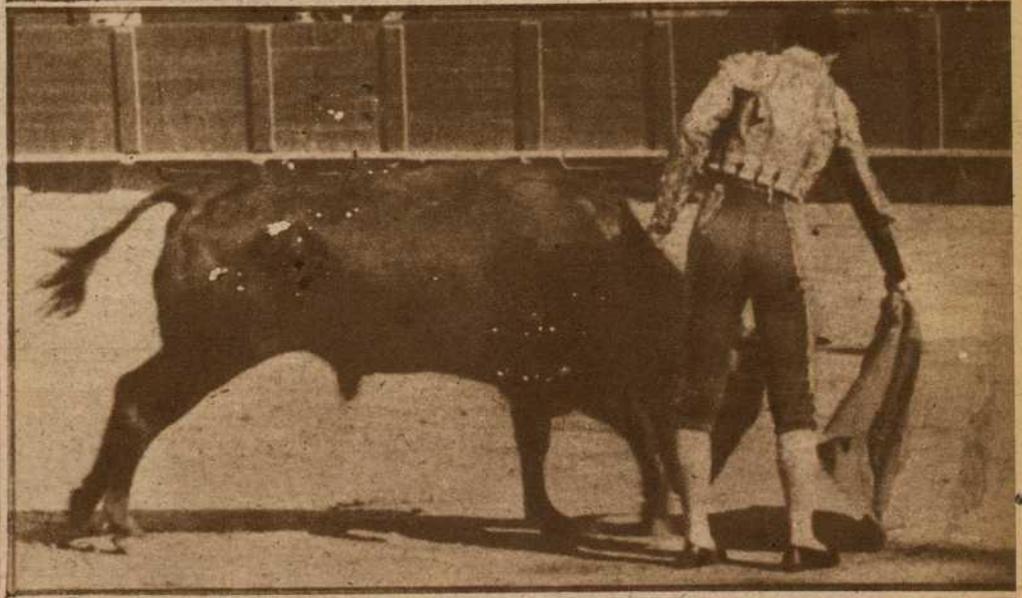


**CARTEL DE BARCELONA**

**Novillos de Sánchez y Sánchez para FUENTES, MINUTO y BELMONTEÑO**



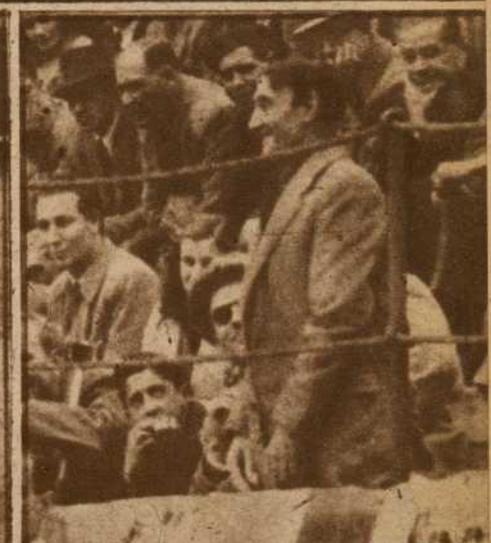
Minuto, colocando un par de banderillas



Fuentes en la faena de muleta a su primero



Belmonteño, en un natural al toro del que cortó la oreja en la novillada celebrada en Málaga (Fotos Valls)



El bailarín Escudero presenció la corrida. — Abajo: Los toreros se resguardan de la lluvia

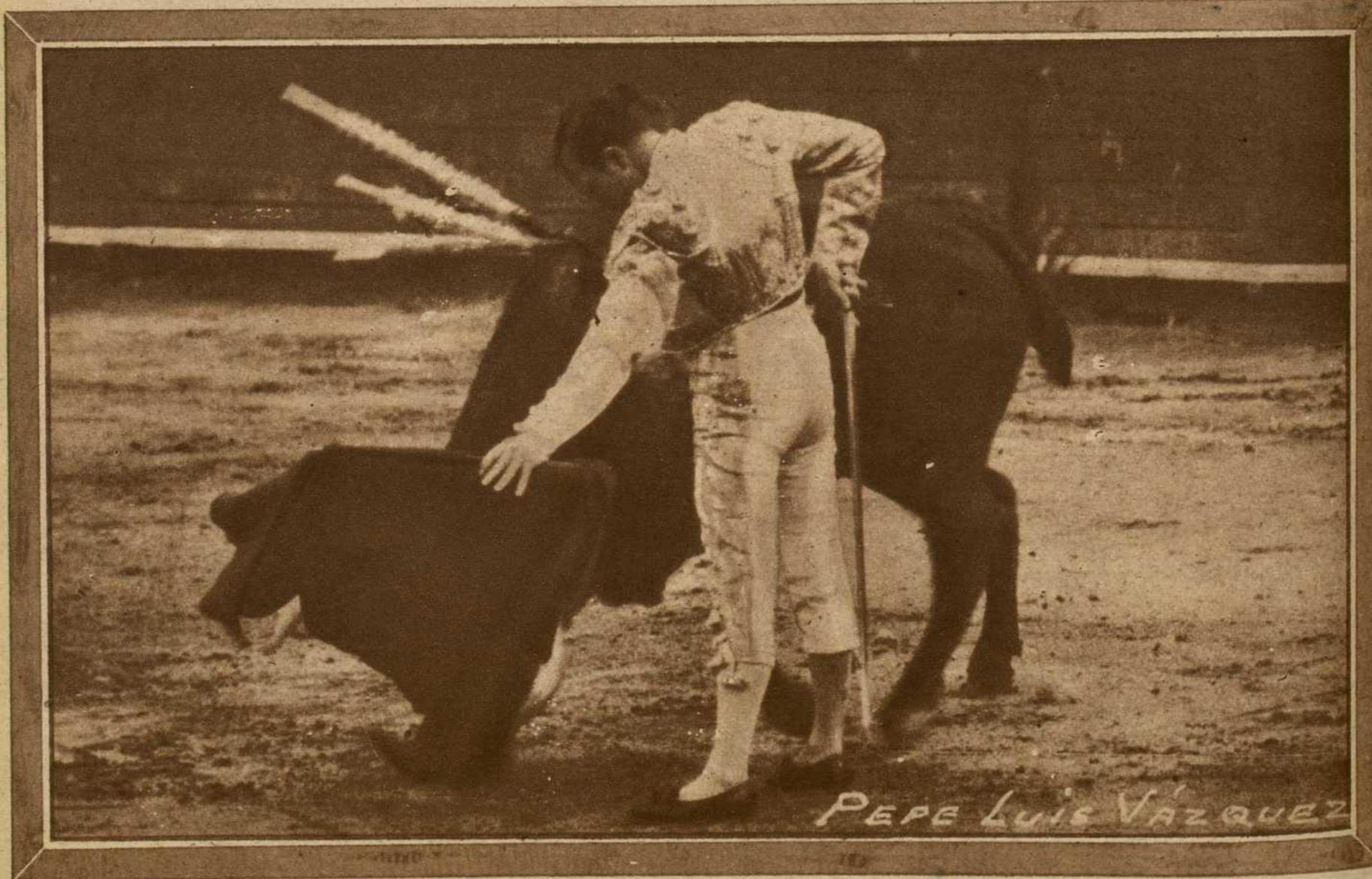
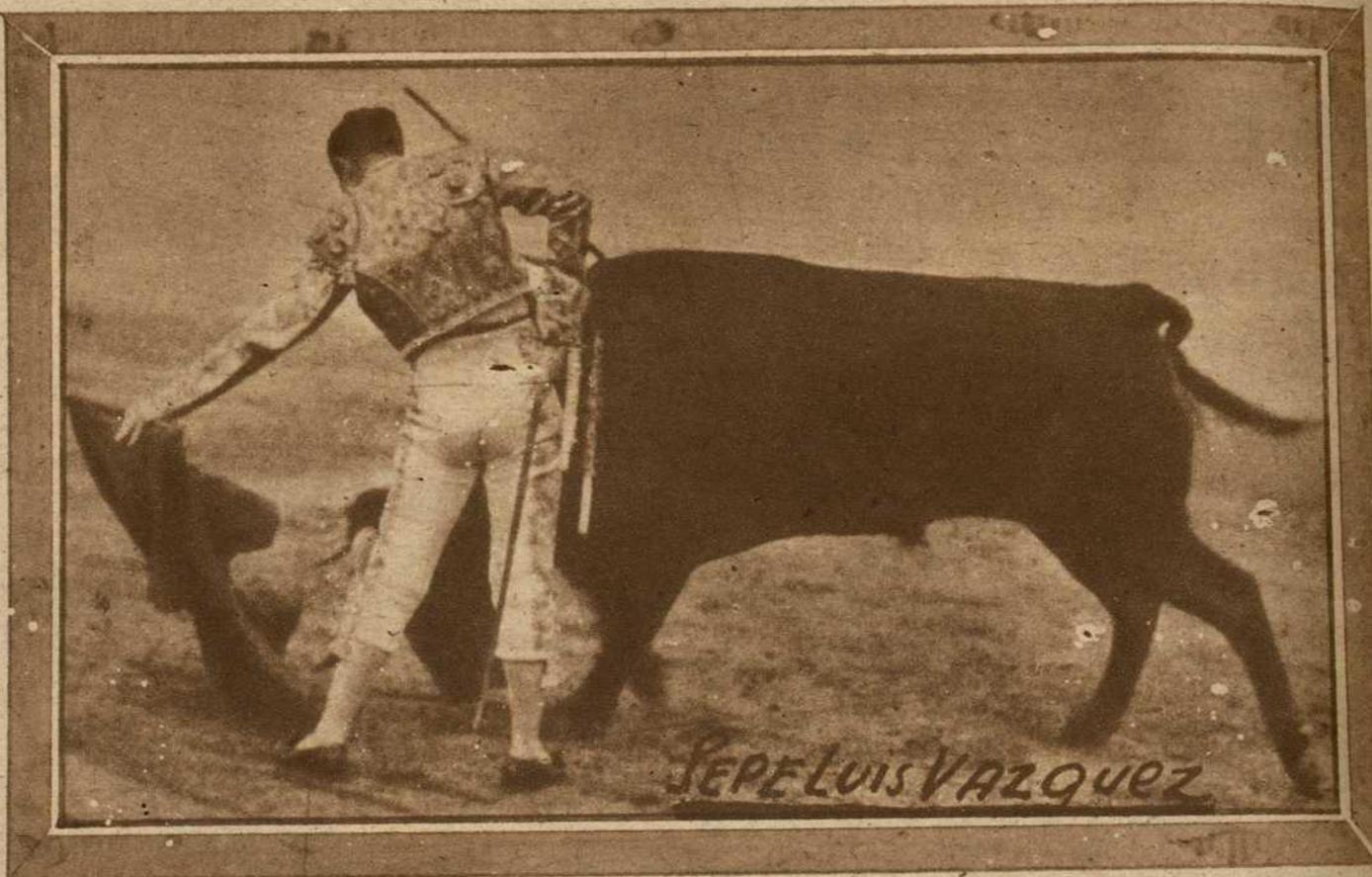


# PEPE LUIS VAZQUEZ

## TRIUNFÓ EN SEVILLA ENTRE UN CLAMOR DE OVACIONES

Después de su triunfal campaña en Méjico, Pepe Luis Vázquez, en la plenitud de su asombroso arte del más puro estilo, alcanzó un éxito rotundo la pasada semana en Barcelona, donde consiguió los máximos galardones.

Y rebosante de facultades, plétorico de decisión y valor, el éxito obtenido en las corridas de la gran Feria Sevillana ha sido esplendoroso y decisivo. En el albero de la Maestranza, este genial torero ha derrochado ese arte tan suyo, de tan recia personalidad, porque está dotado de los dones divinos de la gracia torera y del sabor clásico. Filigrana pura como los arabescos de la salerosísima Giralda, ligado con una decisión graciosísima, es lo que ha demostrado en Sevilla el magnífico torero de San Bernardo. He aquí dos soberbias muestras de su insuperable estilo.



# JOSE MUÑOZ ROMAN

## pasa más miedo cuando estrena que cuando torea CUALQUIER TIEMPO PASADO... NO FUE MEJOR



Ramos de Castro da la alternativa a José Muñoz Román

A José Muñoz se le llama siempre el joven y aplaudido autor. En su caso se da la rara circunstancia de que el tópico vaya emparejado con la realidad, porque, efectivamente, Muñoz Román es joven —a pesar de que sea un autor veterano— y es también un autor tan aplaudido, que todavía no sabe por experiencia propia lo que es un fracaso. No lo sabe y creemos que no lo sabrá ya nunca, por-

que él ha demostrado conocer como pocos el secreto del triunfo, el saberle tomar el pulso al público en cada momento. Su nombre, en un programa teatral es una garantía, o, como dicen los empresarios, "un cheque a la vista". Sus obras se hacen, no ya centenarias, sino milenarias, en los carteles. José Muñoz Román, después de su trabajo, lo que más ama son los toros. Es uno de esos aficionados "de siempre".

—Desde cuándo?  
—Pues desde que iba vestido de marinerito. Mi padre, gran aficionado también y muy competente, me llevaba a la Plaza, en Zaragoza, donde vivíamos, así puedo recordar los tiempos finales de Vicente Pastor, de Cochero de Bilbao, del Gallo... Claro que el Gallo hay que tenerlo siempre presente y no desentender una posible vuelta suya a los ruedos. De lo que sí me acuerdo es de la primera corrida que vi en Madrid, porque ocurrió algo que me dejó bastante impresionado.

—¿Qué fué ello?  
—Toreaban, si no recuerdo mal, Gaona, Josefito, Portueta y Saleri II. A Gaona le salió un toro que al público le pareció chico, y no quiera saber la que se armó. Los espectadores invadieron el ruedo, y el americano se quitó de encima el cornúpeta a toda velocidad para que la bronca acabara cuanto antes. Pero el público continuaba sin marcharse del redondel, exigiendo otro toro. Otro toro que hubo que matar, porque si no, no sé lo que hubiera pasado allí. Al final de la Plaza convencido de que este público castilleano era algo muy, pero que muy serio. Más tarde me he convencido de que es el mejor público de España.

—Y cuándo empieza usted a ser espectador por cuenta?

—Allá por el año 1919. Ya iba yo solito y hasta me abono al tendido del 4. Era, en la Plaza de toros, uno de esos tendidos de sol en los que el astro no da más que en dos toros: el primero y el segundo. En ese tendido me sentaba yo todos los días y me había espectáculo, rodeado de segadores por todas partes.

—De segadores?

—Sí. Es que muchos espectadores se protegían de

los rayos ardientes por medio de grandes sombreros de paja. Estos "segadores" armaban unos jaleos tremendos. Como que el nuestro era el tendido del escándalo.

—Me han dicho que como torero no profesional tiene usted una bonita historia.

—¡Hombre! Es una historia que es más bien una historieta. He toreando en tientas y becerradas. Mi fecha cumbre es cuando Paco Ramos de Castro me dió la "alternativa" en las Navas del Marqués.

—¿Y cuál es la suerte de su especialidad?

—La de salir corriendo. En esa soy un fenómeno. Por cierto que ese día de mi "alternativa" aclaré una cuestión que hasta entonces no había visto bien: la cuestión del toro grande y del toro chico. A mí me había parecido que muchos de los toros que veía en la Plaza eran pequeños; pero desde que me vi enfrente de mi enemigo cambié radicalmente de opinión. El animal que tenía que matar me pareció tan enorme, que a mí, que me gustaba ir a barrera, me empezaron a parecer magníficas las localidades altas. Tanta impresión me causó aquel bicho, que el brindis me salió en verso. Dije así:

*Este de mi alternativa  
es un extraño marrajo.  
¡Qué pequeño desde arriba  
y qué grande desde abajo!*

—Supongo que la experiencia directa le haría comprender mejor las actuaciones de los diestros profesionales.

—Desde luego. Pero antes de eso yo siempre creía que los toreros actuales son muy buenos. Los que llegan más lejos son, como en cualquier arte, los que tienen más personalidad, y para mí el que tiene más personalidad, el que más crea, es Manolete.

—Perfectamente. Veamos ahora si su afición taurina ha tenido reflejos más o menos directos en su obra teatral.

—¡Ya lo creo! Como que en la primera obra que estrené, "El rayo de sol", era de ambiente taurino. Después hice el pasodoble "La novia del torero", para "Las tocas", con música del maestro Alonso. No hay que olvidar el otro pasodoble, con letra y música mía, "Me llaman la Manoleta", que se estrenó con motivo de la 1.111 representación de "Cinco minutos nada menos". Ahora hemos hecho Alonso y yo un pasacalle para nuestro próximo estreno "Te espero el siglo que viene", titulado "La Arrucita".

—¿Ve usted algo inconveniente a la fiesta?

—Ese del cual ya han hablado tantos: el problema de los petos. Es difícil que con ellos llegue un toro con bravura a la muleta, porque el animal se desengaña... Pero, por otra parte, está la cuestión hu-



*Javal*

mana de nuestros sentimientos. No veo la fórmula, la verdad...

—¿Usted es de los que creen que cualquier tiempo pasado fué mejor?

—Yo creo que eso es una solemne mentira. A mí los toreros que me han producido más emoción son Belmonte y Manolete. He leído muchos elogios a toreros que no he alcanzado a ver. Según las críticas y las crónicas de su época eran insuperables; pero... es que han quedado también las foto-

grafías de esos tiempos, los documentos gráficos, que lo dicen todo y son incuestionables. Y, francamente, a la vista de esas estampas, se "mosquea" uno un poco.

—¿Es que guarda usted periódicos antiguos?

—Sí, me gusta guardar recortes y críticas de toreros. Tengo muchos números de "La Lidia", álbumes, resúmenes de temporada, y libros, muchos libros, entra ellos, por supuestos, el de Cossío.

—¿Cómo reacciona usted desde su localidad?

—¡Ah!, soy un espectador magnífico para los toreros, un espectador muy fácil para el aplauso. Siento el arte del toreo, y ha habido ocasiones en que la intensidad del espectáculo, su fuerza y su emoción, me han humedecido los ojos...

—¿Y en qué épocas ha sentido más esa emoción?

—En todas las que he vivido, porque de los tiempos de Josefito y Belmonte se pasa a los de ahora, sin olvidar, naturalmente, que entre unos y otros ha habido figuras tan significadas como Chicuelo, Marcial, Villalta, Niño de la Palma, Ortega, Gitanillo de Triana, Cagancho, Vicente Barrera...

—Veamos, para final, si satisface esta curiosidad que tengo. ¿En qué ocasión ha pasado usted más miedo? ¿Cuando ha toreado o cuando ha estrenado?

—Más, mucho más miedo, en las noches de estreno. Cuando tomé la "alternativa" ya sabía que el público no iba a exigirme que me arrimase; pero el teatro se ha puesto de un modo que el autor que no corte las dos orejas y el rabo, ¡va listo!

Y el autor de "Cinco minutos nada menos" hace un gesto ponderativo, se sonríe, nos estrecha la mano y nos acompaña hasta la puerta, despidiéndonos con una cordial sonrisa.

## EL PLANETA DE LOS TOROS

# EL TAURINO EN LAS FERIAS



**H**AY unas cuantas ferias que el taurino no se puede perder, ocurra lo que ocurra. Pero el taurino no es hombre que viaja en tercera y se hospeda en un fonducho de mala muerte. El taurino es un sibarita, entre otras razones, porque nunca paga él los viajes y el hospedaje. El taurino exige mucho porque cree de buena fe que su papel es trascendental. ¿Y cuál es su papel? Sencillo, a la par que espinoso. Hablar bien del torero que le lleva a la feria.

El taurino llega a la ciudad en fiestas y a los diez minutos está en el café. En todas las ferias existe un café donde se reúnen toreros y taurinos. Allí acampan, y del café a la Plaza y de la Plaza al café. Ya puede un taurino recorrer España; es inútil que le preguntéis por detalles y lugares de tal o cual población. Se encogerá de hombros y dirá:

—¿La Giralda? Sí, la he visto de lejos; no está mal; es una torre.

Y de ahí no sale, porque no ha salido de Gayango, que es el café taurino sevillano. ¿Y el mar? El mar, para un taurino,

no es algo que no existe. Cuando llega a un puerto y tiene necesidad de pasar cerca del mar, cierra los ojos para no verlo, porque sólo verlo se marca. Contemplar tanta agua no ha entrado nunca en sus cálculos. ¿Qué cosa absurda el mar! El mar, para un taurino, sólo representa el viaje a América. ¡Méjico, Caracas, Lima! dinero en dólares, orejas por cable! Para el taurino, el viaje a América es inasequible, y, por tanto, desprecia al mar. De líquidos aprecia dos: el vino y el café. Lo demás es literatura. Y tiene razón, ¡qué caramba! ¿Para qué sirve el agua del mar? A lo sumo, a lo sumo, para criar peces. Y sin peces también se puede vivir. Para vivir, el taurino no quiere más que toros, y los toros se crían tierra adentro.

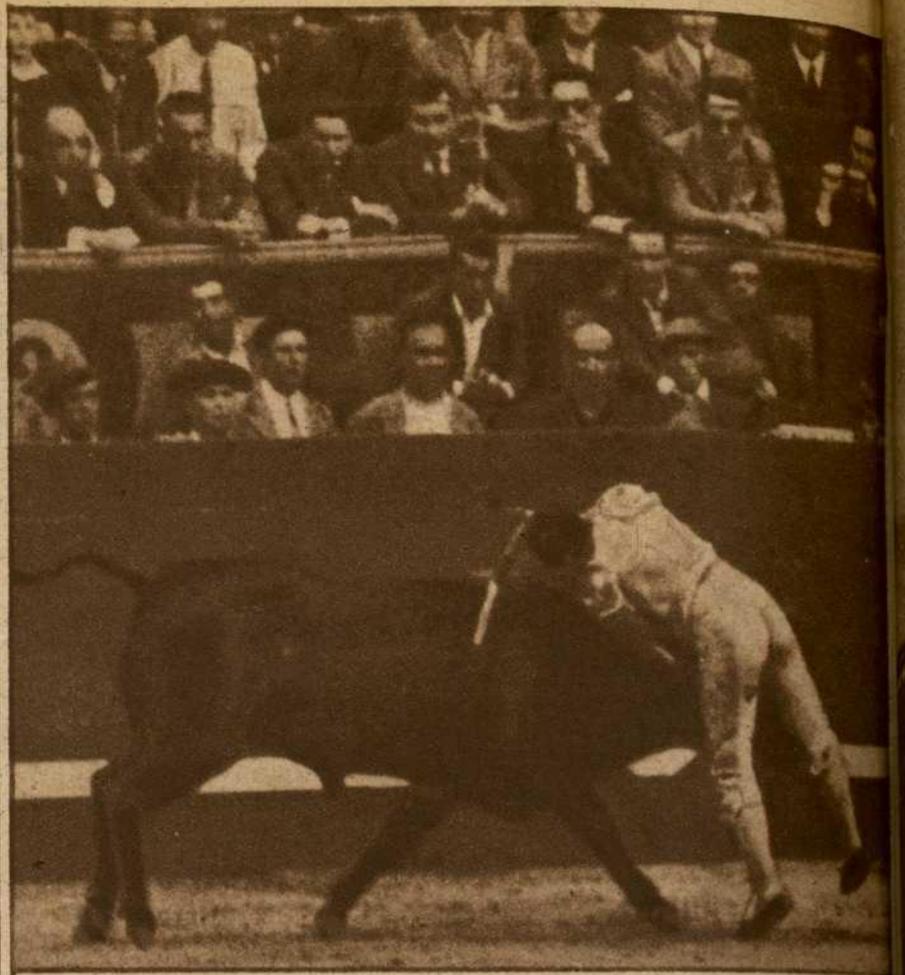
El taurino en las ferias se afana mucho. ¡Cuidado, una cosa es afanarse y otra trabajar! El taurino no trabaja nunca. Afanarse es hablar, discutir, pegar voces. En esto el taurino es maestro. Nadie chilla tanto como él. Las razones en los toros no cuentan; lo eficaz son los gritos. Por eso, el taurino es siempre un hombre de buenos pulmones. Y los emplea a todas horas. Vociferar es su oficio. A esto le llaman ellos hacer ambiente. El taurino es el único español que tiene fe en la propaganda oral. Estima que el torero necesita torear en la Plaza y también fuera de ella. Y para esta clase de torero está él. Su ruedo es el café, y allí se considera Lagartijo.

En Madrid, el ambiente taurino dura todo el año. En las ferias, contados días. Es preciso, pues, aprovecharlos bien. El taurino, desde que llega, respira; tiene que estar en todos lados: en el sorteo, en el cuarto de su torero, en el café y en el tendido, sin dejar en todos estos sitios de hablar, gritos ni un solo momento.

Que me perdonen mis numerosos amigos dedicados al taurinismo por la acción; pero su papel, si descontamos el aspecto pintoresco —que lo pesa y muy subido—, es a todas luces superfluo, y en muchas ocasiones destruyente para la fiesta. Porque como los taurinos no descansan nunca —entre otras razones, porque su tarea es bastante descansada de por sí— sus constantes comentarios y discusiones, necesariamente enturban la atmósfera que rodea a los toreros. Para ensalzar a uno precisan denigrar a muchos, y aparte de que siempre los elogios desmedidos a un artista perjudican más que favorecen, en esto de las palabranzas se ha llegado en el taurinismo a extremos grotescos.

Ya se ha celebrado la feria sevillana. Todos los taurinos han coincidido en ella. Con intervalos de más o menos días, empieza el trajín viajero. Jerez, Córdoba, Cáceres, están próximas. Allí ira la gatería taurina cargada de palabrería, bien pertrechada de gritos, a acampar en los cafés. Pequeñas intrigas de corto vuelo y ancha ambición se preparan. Menos mal que luego sale el toro y lo resuelve todo sin ponerse de acuerdo con nadie, ni siquiera —muchas veces— con el torero.

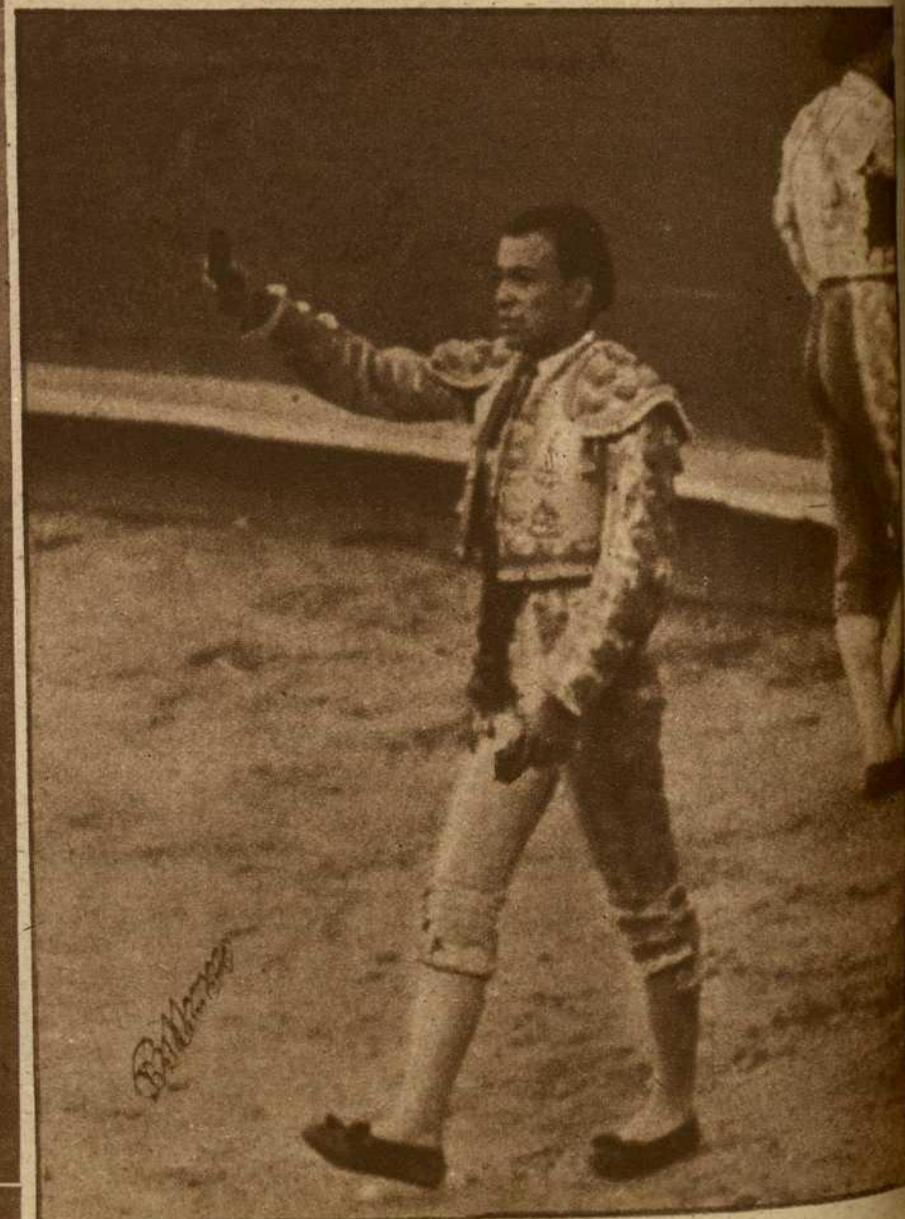
ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



CARLOS VERA, CAÑITAS

Terminada su campaña triunfal en Méjico, reapareció este formidable torero mejicano en Málaga con mayores arrestos y bríos que la temporada pasada. El éxito rotundo y decisivo al cuajar en el albero de la Plaza de la bella ciudad andaluza una de las más portentosas figuras allí vistas, coronada con un soberbio volapié, que le valió las dos orejas y el rabo, con vueltas al ruedo y paseo en hombros al final, demuestra que este excepcional artista ha llegado a España dispuesto a conquistar el elevado puesto que tan justamente merece por su arte, profundo y denso, y por su valor seco y recio.

Con este triunfo tan apoteósico, que consolidó, a pesar del mal ganado, en la cuarta de la feria sevillana, ha recrudado su carrera de éxitos apoteósicos este bravo torero de Méjico.

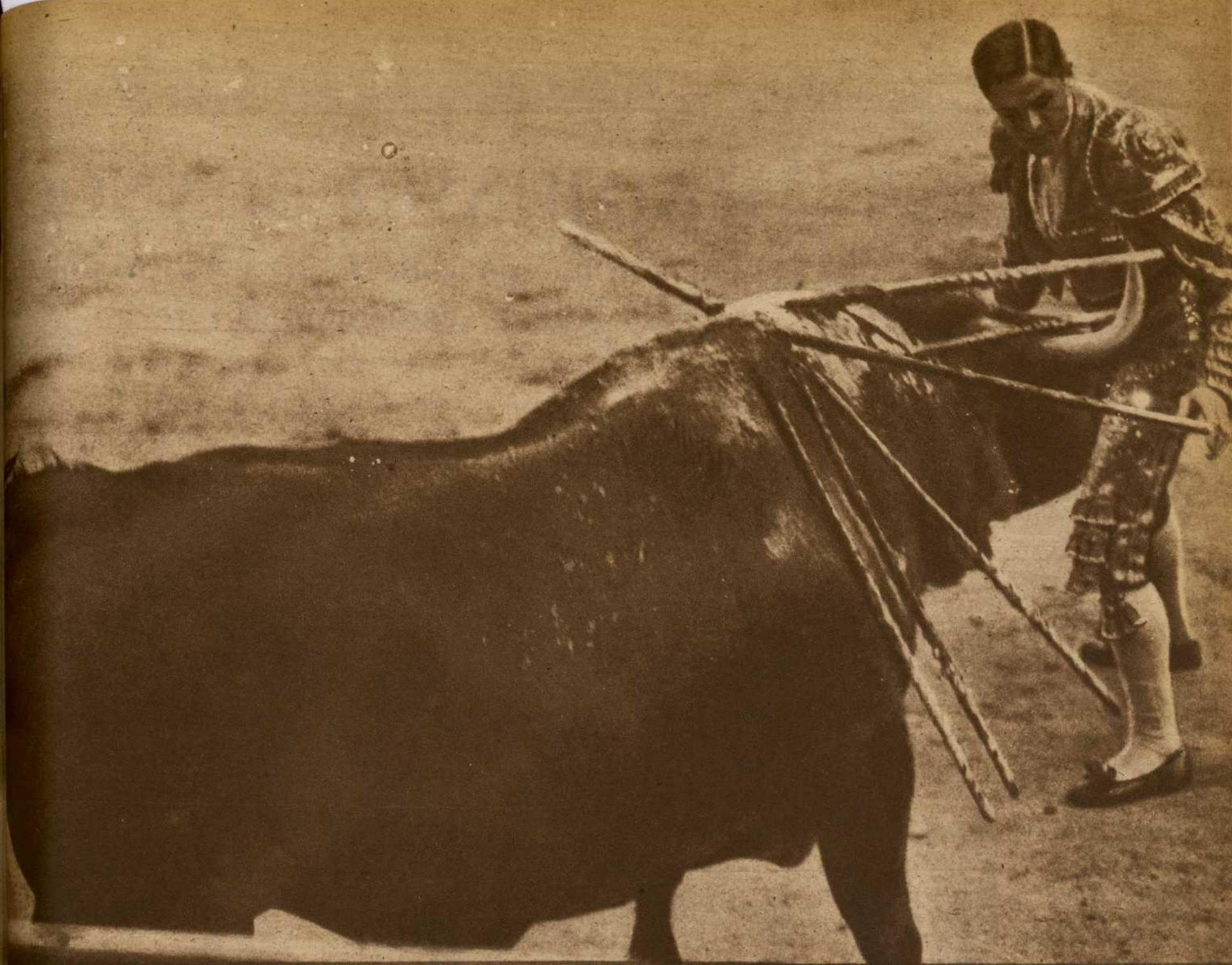


Muy antiguo  
y muy moderno...

Un coñac de  
ayer para el  
gusto de hoy.



VALDESPINO  
JEREZ



**ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS**

**NADA MENOS QUE UN TORO**

**H**ABRÁ que perdonárenos esta insistencia nuestra sobre el toro. Quizá sea excesivo el denuedo que empleamos desde esta página en recordarles a los lectores y aficionados el tamaño de los toros en otros tiempos. Pero lo cierto es que a la hora de rébuscar en el archivo, cuando pacienzudamente les sacamos las viejas tripas a los sobres y surge la bella estampa de la fiera poderosa, bien puesta en kilos y de cabeza arrogante, de aquellas que, de chicos, nos

inmovilizaban en el asiento cuando surgían resoplantes del toril, pletóricas de majeza y bravura, y se nos conmueve el alma de recuerdos. E insensiblemente una fuerza poderosa nos hace apartarla para después enseñársela a ustedes.

Conocido esto, les será fácil comprender nuestro estado de ánimo cuando el azar puso en nuestras manos esta fotografía de Ricardo Torres, Bombita. Acabamos de leer las reseñas de las corridas del domingo y de comprobar, por tanto, que el peso de la novillada de Bilbao había sido el mismo que habían dado los toros de Sevilla. No creemos que hagan falta más explicaciones para aclarar nuestra determinación. Era casi imprescindible dar otro toque al toro y enseñarlo a través del objetivo de aquel bendito fotógrafo que nos lo legó. Y ninguno mejor que este que, pegado a las tablas, con la boca abierta ya, le ofrece el respeto de su enorme cabeza a la muleta de Bombita, el cual en la instantánea esboza ya el adorno, la tocadura de pitones y quién sabe si hasta el rodillazo. Cosas estas muy dignas de tenerse en cuenta, porque ante una fiera

así, junto a la cual el torero aparece empujado, hasta el extremo de casi no importar en el cliché su figura, el adorno tiene un valor real.

Perdónesenos, pues, nuestra debilidad. Ya sabemos que esto de los toros no está de moda, pero es que ante la bella estampa de esta fiera no había forma de escabullirse.

Y mucho menos después de lo del domingo.



# RAIMUNDO BLANCO

cree que la época de JOSE y JUAN fué la del mayor esplendor del toreo



Raimundo Blanco

cerca o más que entonces, pero con menos peligrosidad «aparente».

Raimundo nos explica que no es lo mismo la impresión que produce el paso de un tren expreso cerca de nosotros que un tranvía, y, sin embargo los dos pueden matarnos si nos coge.

Ahora no ha disminuido el riesgo, pero sí la emoción, que sólo puede compensarse con un mayor acercamiento al toro. Y en esto, verdaderamente, se ha llegado a un apogeo enorme.

Raimundo Blanco posee en su casa un ver-

dadero museo taurino en cuadros, carteles, recuerdos, programas de todas las épocas, fotografías, etc.

—Yo creo—nos dice ahora— que la época más gloriosa del toreo fué la que culminó en José y Juan. Estoy seguro —y lo digo con la mano en el corazón— que si José y Juan pudieran volver al toreo, le harían a los toros de hoy lo mismo que le hacen los toreros de ahora, con ser mucho esto. Pero no estoy ya tan seguro de que los toreros de hoy le hicieran a aquellos toros lo que José y Juan le hacían. Esto me parece que sitúa, honrada y claramente, las cosas en su sitio.

Las opiniones sobre la Fiesta son —como se ve— muy claras y concretas en este excelente aficionado, para quien el mundo, taurino, en todas sus facetas, no tiene secreto alguno.

Su ferviente afición le lleva a tentaderos, fiestas camperas, acosos, etc., en los que Raimundo Blanco sabe dejar siempre su simpática nota de campechanía, buen humor y justo y oportuno criterio.

PACO MONTERO



Raimundo en la localidad que ocupa hace treinta años en la Maestranza de Sevilla

**R**AIMUNDO Blanco —¿quién no le conoce en Sevilla?— lleva treinta años (más bien largos) en la misma localidad de la Maestranza: barrera núm. 1 del tendido número 1, bajo el palco de la Maestranza, es decir, en el sitio más temáticamente central de la Plaza, frente a los chiqueros y los clarines. Esto —entre otras razones— le permite saber, antes que ningún otro espectador, como es el toro que sale, porque

lo ve salir al fondo del callejón del chiquero. También está frente a él el reloj puntualísimo, y nadie como él conoce los minutos que dura una faena, los segundos que siguen a una buena estocada. El, por tanto, es una institución en la Maestranza, y su veteranía es un buen tema de comienzos de temporada. ¿Cómo ve el toreo actual Raimundo Blanco? Hablamos en la famosa Venta de Antequera, donde se expone el ganado para las corridas de la Feria, y a la que Raimundo acude con la seriedad de un rito, que filialmente cumple y realiza año tras año desde que...

—La primera corrida —nos dice— que yo ví fué una llamada patriótica que lidiaron Mazzantini, el Guerra, Emilio Bomba y Parrao. Por cierto que éste sacó una muleta con un «¡Viva España!» escrito sobre la tela, que le valió una ovación gigantesca... Y evoco esta corrida porque, siendo la más antigua, me permite contestar, con cierta valdez esa pregunta del toreo actual comparado con el de entonces. Créo —asegura Raimundo— que hoy se torea con más arte que nunca, y tan



Raimundo Blanco con Manolo Belmonte, el delegado gubernativo y el padre de Pepe Luis Vázquez, en la «peña» del café

(Fotos Luis Arenas)

# UNA LEYENDA SOBRE JOSE ULLOA, TRAGABUCHES

HACE algunos años publiqué una semblanza del famoso diestro gitano cuyo nombre encabeza estas líneas, y en ella refería que ha sido el único torero que de la tauromaquia pasó al bandolerismo. Contaba yo que a la vida del crimen le impulsó una tragedia conyugal. Sorprendió en flagrante adulterio a su hermosísima esposa; dió muerte a ella y al amante, y huyendo de la acción de la justicia, que le hubiera conducido a la horca —esto ocurría en 1814, cuando el homicidio, en todos los casos, era castigado con la pena de muerte—, se alistó en la partida tristemente célebre de los Siete Niños de Eciija. Y después consignaba textualmente: «Aquellos de la banda de criminales, mermada con los que fueron presos y condenados, perdió importancia y desapareció por completo a causa de haber indultado el rey a todos los que se presentaran a las autoridades. De la gracia estaba exceptuado Ulloa, por lo que no pudo acogerse a ella, y desapareció, perdiéndose como una gota de agua en el mar. Probablemente emigraría a Portugal, que era entonces la salida más fácil para los prófugos de Andalucía. La suerte, que siempre me ha protegido en mis investigaciones, dió lugar a que llegase a mi conocimiento, por conducto autorizado y fidedigno, que en el último tercio del siglo anterior apareció, en un pueblo de Andalucía baja, un gitano viejo, con nombre y apellido que no concordaban con los de «Tragabuches». Nunca dijo a nadie su origen ni su procedencia, y logró ser colocado de guarda de campo por un labrador acomodado. Vivió sólo en una choza, sin relacionarse con nadie, y tenía una arqueta cuyo contenido no podía inspirar sospechas, cada la pobreza de su dueño. Murió el misterioso gitano, y por confidencias —en los pueblos pequeños no hay secreto posible— se supo que en sus últimos momentos le confesó al hacendado a cuyas órdenes servía que el contenido de la arqueta, que era una cantidad respetable en monedas de oro, se lo legaba en agradecimiento a lo bien que le había tratado. También hubo quien averiguó que había declarado que perteneció a la cuadrilla de los Siete Niños de Eciija, y que el dinero procedía de un robo famoso llevado a cabo en «La Luisiana». Como no gusto de afirmar más que aquello de que tengo pruebas, la discreción me veda dar nombres.»

Así escribía yo hace mucho tiempo; pero como los años transcurridos me han curado, aunque no del todo, de los escrúpulos que entonces me dictaba la discreción, voy a revelar cuál fué el conducto por donde llegaron a mí las referidas noticias. Y digo que no del todo, porque sigilaré dos nombres que no me parece prudente ni justo consignar; pero que si algún lector dudase de mis palabras, ponga a su disposición, para que pueda leerlo, el documento que las acredita y tengo cuidadosamente guardado en mi archivo.

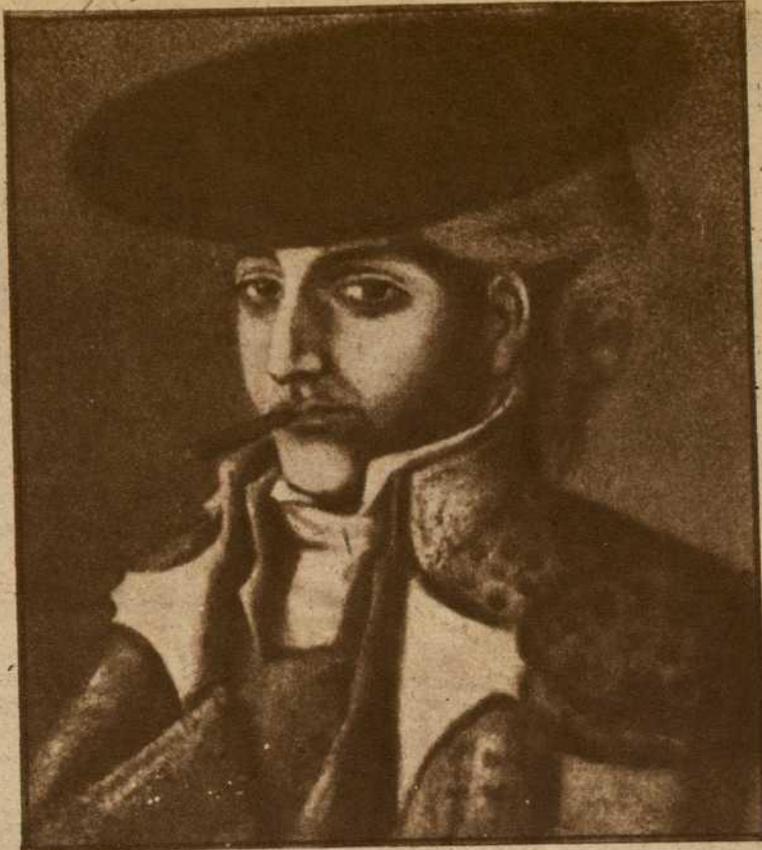
A los pocos días de ver la luz la citada

semblanza, recibí una carta, fechada en Villalba del Alcor (provincia de Huelva), en la que se me decía lo siguiente: «Muy señor mío de toda mi consideración: En la crónica que inserta en «A B C» de 3 de los corrientes habla usted de «Tragabuches», lo que me trajo a la memoria una historia que oí por los años 1880 a 82, estando empleado en Manzanilla, unos tres kilómetros muy escasos de esta población. En dicho pueblo había un señor (1) que, en una de sus fincas cercana al pueblo, tenía un guarda forastero, llamado el tío Peralta, que se quedaba en una choza que había en la finca, sin otro ajuar que un asiento, un catre y una caja debajo del mismo, que jamás supo nadie su contenido. Cuando se sintió morir, fué el cura a auxiliarle, y cuando se disponía a llevarle el Viático, le dijo Peralta que no había terminado, que el final había de hacerlo con su amo, el cual fué inmediatamente a verle, y le comunicó que había sido uno de los Siete Niños de Eciija; que cuando tomó la parte que le tocó del robo de «La Luisiana», la guardó, y la conservaba en la caja que tenía debajo del catre, la cual se la legaba. Cuando vi su crónica, recordé y dije: ¿será Peralta «Tragabuches»? Hace mucho tiempo que no voy a Manzanilla; pero supongo que habrá algunos que conozcan la historia, y pudiera usted completar la vida de Ulloa.» Y firma Diego Carrero y Ojeda.

Le contesté en seguida agradeciendo las noticias que me daba, y le añadía que, como no conocía a nadie en Manzanilla, me era imposible ampliar las investigaciones; pero él fué tan amable, que marchó al referido pueblo y preguntó a las personas más viejas de la localidad, y aunque ninguno había llegado a conocer al misterioso gitano, vagamente se decía, por tradición, que los pocos que le trataban le miraron siempre con recelo. Que era hombre agigantado, fuerte y muy huraño y reservado. El señor Carrero, afanoso de informarme bien, hizo buscar en el libro parroquial de defunciones de 1870, que se calculaba fué la fecha de la muerte de Peralta, y halló que en 15 de abril del referido año falleció un Antonio Peralta Reyes, y que otorgó testamento ante el escribano don Pedro Cáceres.

Esta segunda carta no la copio, por ser muy extensa; pero en ella se consigna que, también por relatos tradicionales, se afirmaba que el amo de Peralta, que fué agraciado con la herencia, nunca lo confesó, pues siendo procedente de la comisión de un delito, temía a la censura pública y al disgusto que le habría producido a un su pariente, que era un noble caballero y grande de España (2).

He buscado, sin fruto hasta ahora, el testamento, porque su contenido, aunque no



José Ulloa, Tragabuches

confiese la verdad del origen del dinero, puede dar alguna luz.

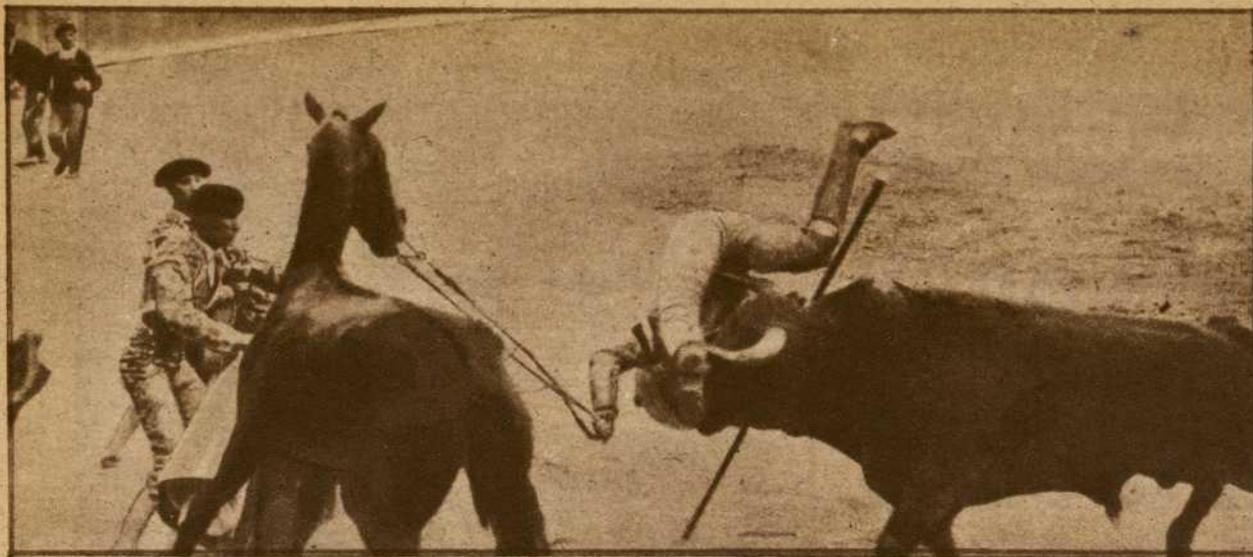
De todo lo relatado deduzco que es posible que el individuo en cuestión fuera José Ulloa, «Tragabuches». Coinciden una serie de circunstancias que permiten presumirlo. La edad, las señas corporales que le atribuyen y, sobre todo, la seguridad, porque está comprobado históricamente que perteneció a la cuadrilla de los Siete Niños de Eciija, y su evasión, que también es evidente, dan lugar a que no sea muy aventurado suponer que, en efecto, el Peralta, con nombre falso, fuera el torero bandido. Hay otro indicio favorable a mi opinión, y es que, en el primer tercio del siglo XIX, los andaluces que emigraban huyendo de la justicia se internaban en Portugal, donde seguramente se refugió «Tragabuches», y parece natural que cuando, transcurridos muchos años, comprendiera que impunemente podía penetrar en España, lo hiciera por la provincia de Huelva, fronteriza de la vecina nación, y fijara su residencia en un pueblo pequeño, apartado entonces, más que ahora, de toda comunicación.

De todas suertes, lo único rigurosamente auténtico es que «Tragabuches» formó en los Niños de Eciija, y que de todos los que constituían aquella terrible partida fué el único que logró salvarse del castigo que merecía. Así lo ha demostrado el concienzudo y veraz cronista sevillano don José Velázquez y Sánchez. Producto de sus averiguaciones en los archivos judiciales hispalenses es que José Escalera fué ejecutado el 15 de septiembre de 1817; Luis López y Antonio Fernández, en 18 de agosto; fray Antonio de Laguna y José Alonso Rojo, en 27 de septiembre; todos del mismo año, y Antonio de Lafuente, (a) «Miños», en 13 de noviembre de 1818. El Escalera contaba en sus declaraciones los mayores horrores realizados por «Tragabuches» y otro bandolero de la misma cuadrilla, llamado José Antonio Gutiérrez, (a) «el Cojo», ahorcado el 7 de febrero de 1818; manifestó que el gitano Ulloa, «Tragabuches», había matado hombres bastantes para llenar un cementerio.»

NATALIO RIVAS

(De la Real Academia de la Historia.)

(1) Este es uno de los nombres que debió sigilar.  
(2) Este es el otro nombre que reservo.



Chicuelo y Nacional II llegarán, por bien colocados, a tiempo de impedir que la voltereta tenga consecuencias trágicas

LO QUE VAMOS OLVIDANDO

# EL QUITÉ DE PELIGRO

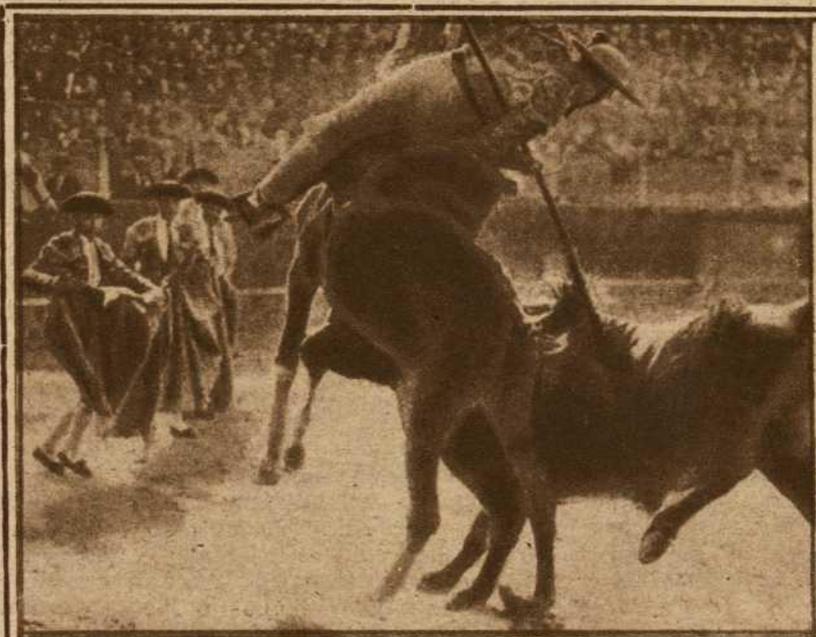
**E**SCRIBIO Gregorio Corrochano hace algún tiempo, en una de sus crónicas magistrales, que, de entre todas las suertes y lances del toreo, se reconocería a Don Quijote en el quite.

Y ello era verdad, dando al vocablo verbal todo el valor de su pretérito. Porque «era» en otra «era». En una era donde la estética no lo era todo; en la que el lucimiento y el adorno, la bonita figura y el lance preciosista se superdaban a la eficacia. No era el quite un apartado más en la lidia de un toro, sino la exigencia de un momento de peligro, al que acudía el matador, o el trio de matadores, sin más preocupación que la de librar del riesgo mortal a un picador caído. Y desplegando el trapo ante el hocico de la fiera, coleando, citando a cuerpo limpio y aun agarrándose bravamente a los pitones de la res, se ofrecía el posible y aun probable quebranto de la propia integridad para lograr la salvación del piquero indefenso y amenazado. Allí surgía, generoso y sublime, el latido del corazón de Don Quijote.

Y a veces, sin esperar el riesgo del de tanda, entraba también al quite el matador cuando el toro se dormía debajo del caballo o estimaba aquél que el cornúpeta estaba suficientemente castigado. Huelga decir que, por entonces, se desconocía la «carioca».

Luego —conste que no vamos a echar la culpa a Manolete—, luego vino el preciosismo. Lo de aguardar a que el toro deshiciera la reunión para esperarle, ya bien

situado el matador en el tercio, cuando no era el peón el que allí le llevaba el toro, y adornarse garbosamente con cualquiera de esos numerosos lances terminados en «inas», mientras el picador —si había caído y se había salvado mi-



Sin esperar a que el piquero se cebase o a que se agotase el toro, se disponía el matador, en esta foto, Pablo Lalandá, a entrar al quite

lagrosamente — se limpiaba a manotazos la arena del rostro y mascullaba unos reniegos que habrían debilitado mucho sus relaciones amistosas con el torero, de poder escucharlos éste.

Es muy posible que la evidente decadencia del

quite llamado «de peligro» tenga la gran disculpa de la casi total ausencia del propio peligro. Hace ya mucho tiempo que los toros no se echan los caballos a los lomos. Mucho tiempo. Desde que dejaron de salir toros por los chiqueros. Ya no se caen apenas los caballos. Es decir, se caen, pero antes de que salga el toro o lo que sea, muchas veces por el peso del peto. El que se cae casi siempre es el toro, de donde opino que al toro es a quien va a haber que hacerle el quite en un futuro tal vez no muy lejano.

Porque cuando, por un azar, una equivocación del ganadero, la actuación de algún debutante modestísimo u otra circunstancia pareja, sale un casi-toro con cierto poder, que se arranca, empuja y derriba, acontece que el matador suele quedarse absorto, como preguntándose: «Y ahora, ¿qué hago?», mientras los peones —únicos lidiadores de hogafío, que debieran cobrar a tanto por ciento con el matador, y aun muy elevado el porcentaje— son los que salvan al piquero y los que se llevan al toro a la jurisdicción del preciosista, para que luzca su garbo con las «inas» de turno.

Hay, ciertamente, excepciones. Sobre todo, en los toreros de dinastía —yo sí creo en las dinastías, amigo «Timbales», porque en ellas hay solera de buenos conocimientos, bien aprendidos—, quienes sobre su bagaje artístico ponen las enseñanzas de sus mentores.

Pero lo corriente es lo que dejo dicho.

**RODABALLITO**

ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150



Curro Martín Vázquez, Paco Madrid y Rafael, el Gallo, entran al quite del picador caído, en competición de celo y rapidez

## CADA SIETE DIAS UNA VARA

### ¡Vaya, pues no vienen!



**L**LEVABAMOS una temporada verdaderamente inquietos. Hoy era un conocido hombre de toros el que nos detenía y con sonrisa misteriosa nos decía en tono confidencial: "Yo estoy enterado de todo. El día 14 de mayo están aquí los dos y torarán por vez primera en tal Plaza. No lo diga usted." Más allá, al entrar en el café, era el propio camarero quien nos confiaba el secreto: "Mire usted; don Fulano, que toma café en mi turno, me ha dicho que ha recibido un cable diciéndole que no llegarán hasta Navidades. Y ese lo sabe bien, pues ya conoce usted su amistad con don Mengano." Pero nos sentábamos en la tertulia, y allí, en un aparte, era nuestro propio amigo quien nos decía "de muy buena fuente" que ya habían tomado el barco y que dos días más tarde estarían en Lisboa.

De esta suerte las cosas, cuando llegábamos a casa y nos disponíamos a darle al cuerpo su bien ganado descanso, el sueño se poblaba de viajes, pasaportes, bi-

letes de avión, tren y otros medios de locomoción, con lo cual nos desesperábamos deshechos.

Y a tal punto llegó nuestro nervosismo, que hasta pensamos en abandonar la profesión por otra más sedentaria.

Pero he aquí que ese maravilloso telegrama viene a devolvernos la tranquilidad perdida. ¡Ya se sabe seguro que no vienen! Nosotros podremos vivir y dormir tranquilos, por lo menos, lo que resta de temporada. ¿Qué pasará? Eso ya casi no nos importa.

Por otra parte, ¿cómo ya viene Cantinflas!...

## UNA ANECDOTA A LA SEMANA

### "¡Frascuelistas, usted y yo!"

En cierta ocasión estaba Lagartijo en una de las peñas taurinas de Córdoba, donde, como es natural, no se hablaba de otra cosa que no tuviese relación con los toros.

En el día que pasaba lo que vamos a contar, la conversación había tomado derroteros halagadores para Lagartijo, pues muchos de los concurrentes a la reunión pertenecían al grupo de los «cobistas», y aprovechaban la presencia del Califa para tratar de demostrarle su adhesión ilimitada.

Pero a la citada reunión asistía don Mariano Zacarías Cazorro, hombre amigo de la verdad, que, cansado de tanto incienso, interrumpió el coro y dijo:

—Vamos, señores. Que Frascuelo también merece lo suyo. A ver si todo va a ser tirarle por los suelos.

Entonces, Lagartijo se levantó de su asiento, y dirigiéndose al distinguido escritor, le tendió la mano y dijo:

—Sí, señor. ¡Chóquela usted! Ya veo que aquí no hay más frascuelistas que usted y yo!

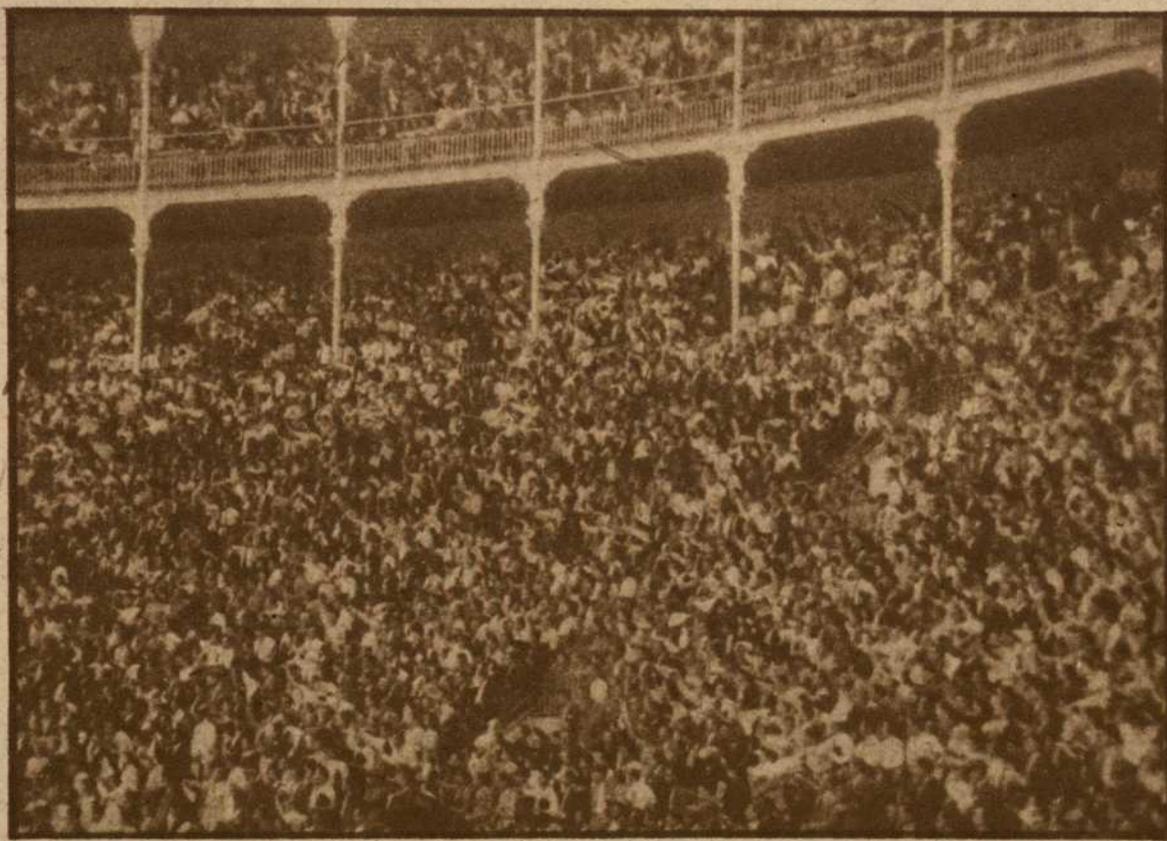


# ¡Para la SOMBRA y el SOL!

**L**A cosa es que cuando esta fotografía se nos vino a las manos, nos quedamos unos momentos suspensos y meditativos. Tanto público reunido en una Plaza de Toros, ¿no estaría mejor en la sección de esta revista que se titula "Estampas de otros tiempos"?

Mucha pena nos daría que esta reflexión se viera confirmada. Pero lo cierto es que, en principio, nuestra meditación no iba del todo descaminada. ¿Hay hoy, por ventura, un torero capaz de reunir tanta gente? ¿O quizá existe la combinación de nombres capaz de lograr tamaña em-

## MEDITACION



presa? Por lo que se ha visto hasta hoy, no creemos que exista quien tenga posibilidades para tanto. Las entradas logradas hasta la fecha en las Plazas que se han aventurado a continuar la tradición de dar corridas al empezar la primavera, confirman

nuestro pesimismo.

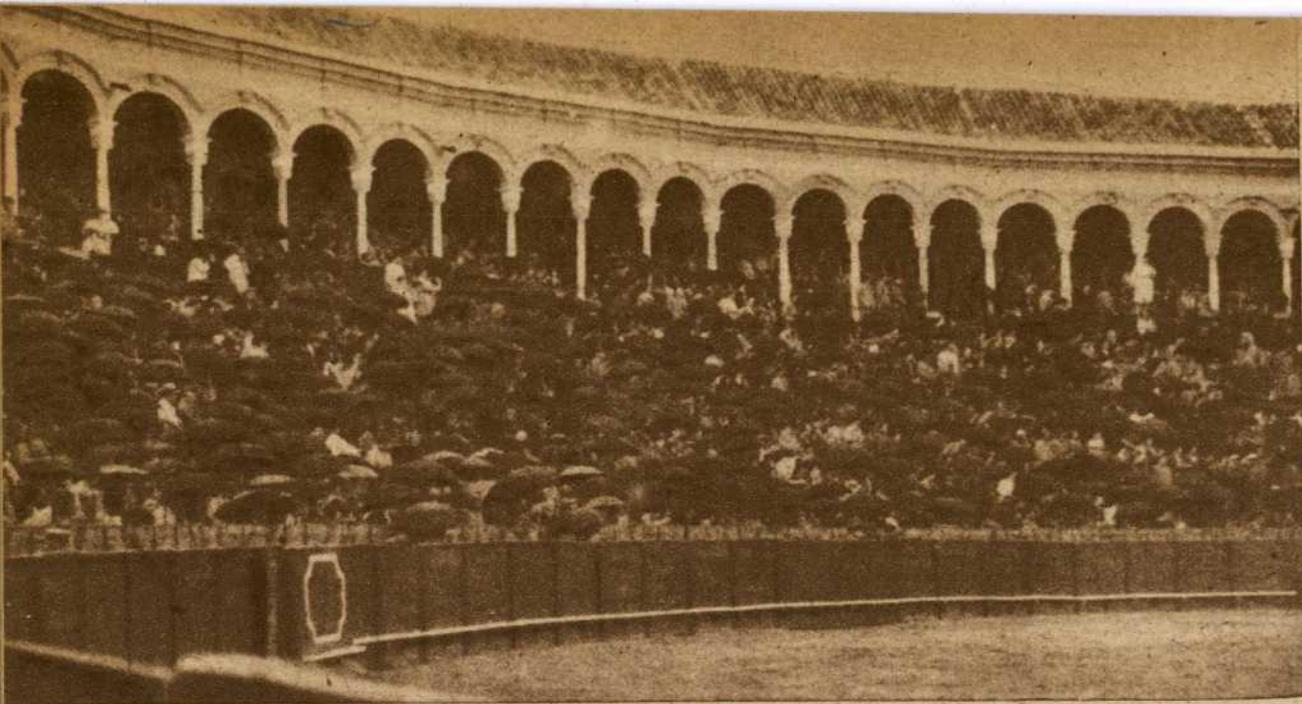
Sin embargo, aun nos queda la esperanza. Que ésa ya saben ustedes que es lo último que se pierde. Por que, ¿y si sale un fenómeno por ahí? ¿Y si surge lo inesperado?

Nadie lo ve venir. Todavía su nombre no se ha inscrito en el registro de los conquistadores de públicos. Pero a lo mejor...

A lo mejor salta la liebre.

Y, entonces podremos encargarnos a nuestro fotógrafo otra instantánea como la que hoy reproducimos.

Y ¡ojalá sea así! Porque, de lo contrario, mal le irá a la Fiesta.

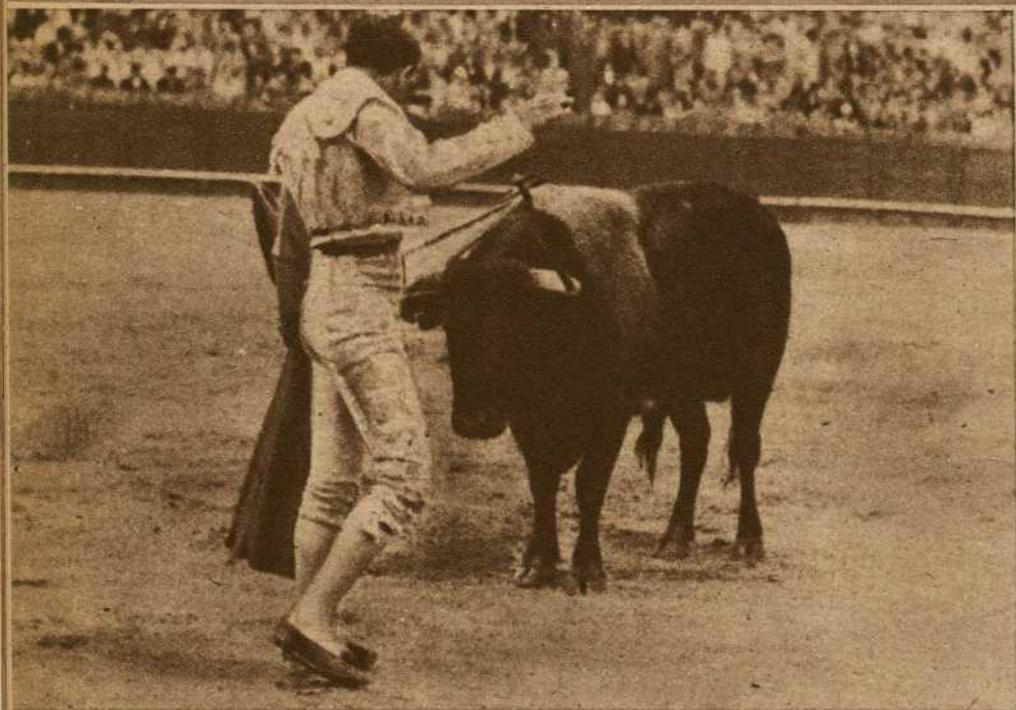


Aspecto que ofrecía la plaza de La Maestranza en la última corrida de la feria

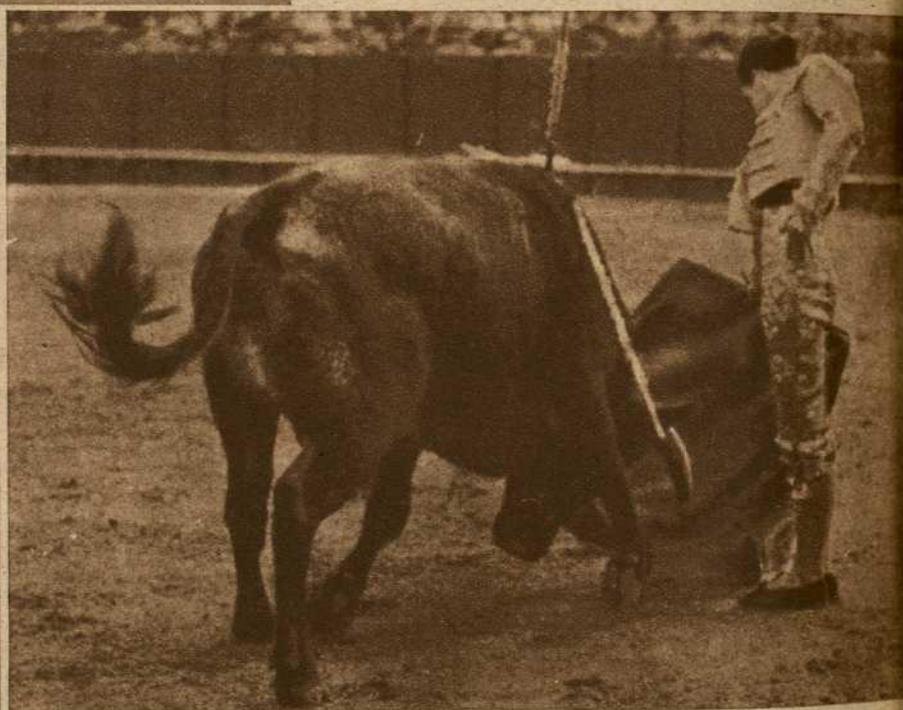


Pepe Luis Vázquez, con el Niño de la Palma, en un descanso de la corrida

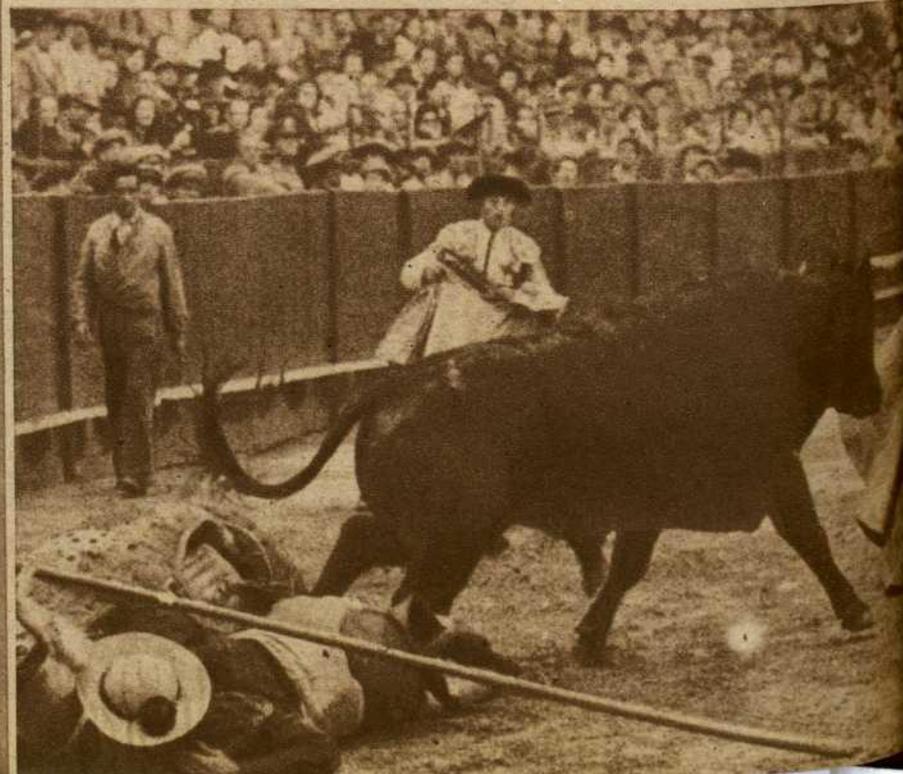
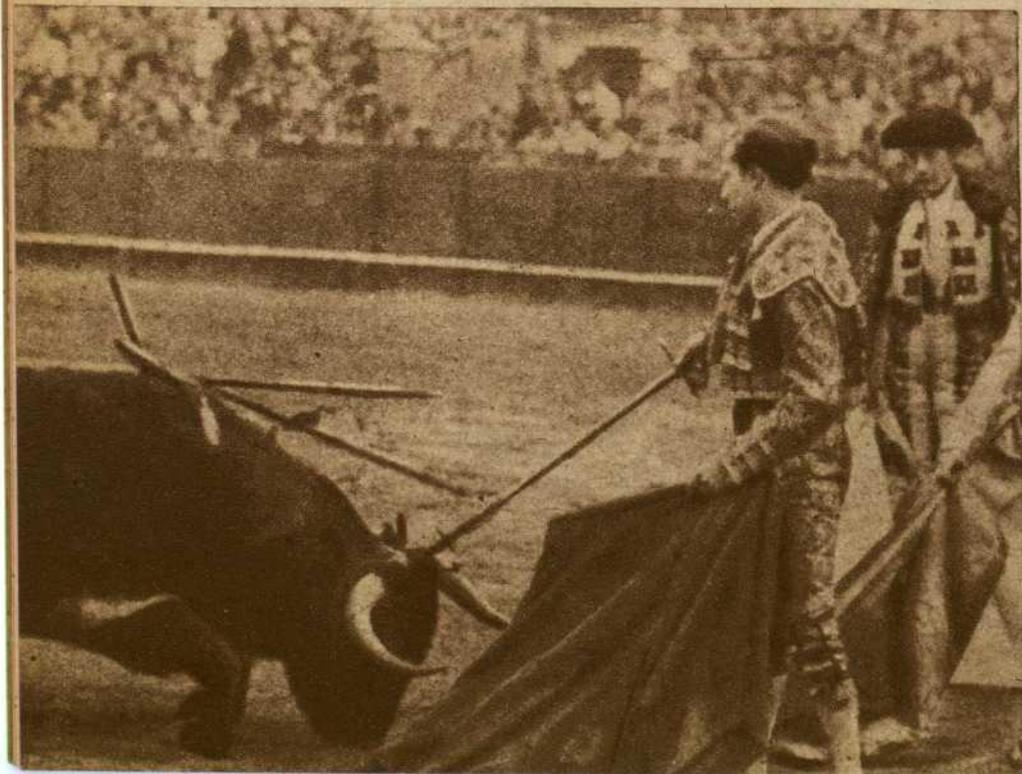
# LA ULTIMA CORRIDA DE FERIA



Armillita viendo morir a su primer toro.—Abajo: Pepe Luis Vazquez en el momento de descabeilar a su primer enemigo



Cañitas toreando de muleta a su primer toro.— Abajo: Una caída al descubierto y el matador se lleva al toro.—(Fotos Luis Arenas)





¡Tendido bajo del 1!  
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: Germán León, Facultades  
(Dibujo de Enrique Segura)